REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXII | San José, Costa Rica **1936** Sábado 17 de Octubre | Núm. 14

Año XVIII — No. 774

SUMARIO

Duda y resolución en Gorki

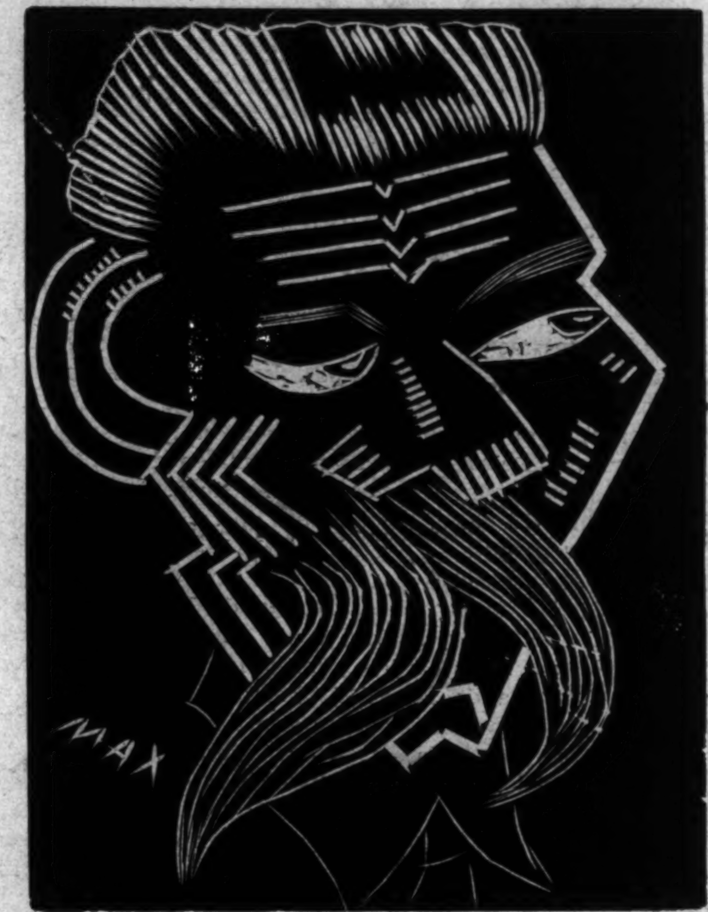
Por LINO NOVÁS CALVO

= *Envío del autor.* Discurso leído en el Ateneo de Madrid el 5 de setiembre de 1936 =

Compañeros:

El presidente de esta Sección me ha invitado a intervenir en esta velada de Gorki en atención a que el amargo novelista ruso fué por mucho tiempo la fuente casi única de mis lecturas. He leído a Gorki en distintos medios; le he sentido en varios climas; en compañía de hombres errantes como sus propios personajes. Hubo ocasiones en que nosotros, los lectores de Gorki, con toda la enorme distancia geográfica y diferencia temperamental, nos sentíamos héroes —héroes al revés de cuantos antes nos habían presentado los libros— de aquel autor.

Pero difícilmente se ve claro lo que se siente muy hondo. No podría hacer yo un estudio crítico, ni siquiera expositivo, de Gorki. Lo he intentado varias veces. He fracasado. No encontraba nada que decir del autor, salvo lo que él mismo dice en su obra. Y esto que él dice cada vez que lo releo me empaña los ojos del entendimiento, me produce una desazón y una amargura cruel. Me hace revivir horas de miseria, de abandono, de dolor físico y de angustia espiirtual agobiantes. Recuerdo a los compañeros de trabajos, abatidos y faltos de rebeldía colectiva en gran parte, hombres domesticados, amatadas bestias de carga. Y aparece entonces, como divisoria línea de luz, el momento en que, elevado inconscientemente sobre mí mismo por el ácido de las lecturas de Gorki, escribí un poema, el primero, titulado **El Camarada**, en el que regañaba con un compañero de cuarto por su pasiva actitud frente a la vida, por su incapacidad para sacudir la costra que nos envolvía y ahogaba a los dos.



Máximo Gorki

Madera de *Max Jiménez*

Gorki fué, en esencia, quien escribió aquel poema. No había leído yo una página de literatura político-revolucionaria. Gorki mismo no hacía explícitamente política: en esto, a mi ver, residía su fuerza. Los trabajadores hubiéramos leído tal vez con desconfianza, y con desgano, cualquier obra con tono de arenga. Acostumbrados a descubrir mentiras en todas las oraciones, carecíamos de capacidad para elevarnos a generalidades o a ideas abstractas. Veteranos de cien tropiezos, cosida el alma de cicatrices, no teníamos más que sentimiento: Gorki supo tocar ese sentimiento del caído, del vagabundo y hacer de él una fuerza social. He aquí por qué su obra de creación rebasa, implícitamente, el terreno literario para entrar, si así puede decirse, en el del apostolado.

La primer emoción de los cuentos de Gorki en el hombre del pueblo que ha sufrido es un enconamiento de viejas heridas. Siente primero que en aquellos relatos hay una terrible verdad, que uno la ha vivido, aun cuando los personajes vivan a enormes distancias de nosotros, y en vez de un persistente sol tropical los envuelva el frío intenso de las estepas abiertas. No pocos escritores se han burlado de nosotros, los lectores de Gorki, sobre la premisa de que sus personajes y su ambiente son tan remotos, tan ajenos a nosotros, que, faltos de una experiencia común con ellos, no es posible establecer una comunicación de simpatía íntima común. Esto ocurriría si Gorki fuera un narrador meramente naturalista de la vida de los desgraciados rusos que fueron sus compañeros. Si así fuera no le hubiéramos leído. No gusta uno de ver retratados fríamente los defectos de que, inconsciente o conscientemente, sabe que no es culpable. El reportero puro es un ser poco querido de sus personajes. El realismo de Gorki parece, en efecto, sólo eso, cuando no se ha sumergido uno en el cerebro y el corazón del autor. Uno siente la sacudida, presencia dramas de una crueldad torturante, vive con hombres y mujeres degenerados, desciende a las últimas capas de una sociedad embrutecida y, sobre el peso de las miserias que tiene que soportar a diario, cae aquel otro peso del dolor, más real que si fuera cierto, sufrido por seres que viven al otro lado del mundo. Pero entonces el alma toca fondo, llega a un estrato en que no puede descender más, y entonces ve y siente que el autor no ha escrito sus novelas por un sadístico placer de torturarnos, ni por un malévolo deseo de exponer las dolencias de sus héroes, ni por un refinado goce literario de despertar en el lector una emoción extraña y poderosa, diferente a cuantas le hayan podido producir otras lecturas.

Aquí reside, a mi ver, la enorme fuerza humana de Gorki. En el fondo de aquellos personajes embrutecidos hay una gran dulzura, una transcendental predisposición al amor universal, una resignada comprensión de los vicios y las debilidades de los demás. Los personajes de Gorki, con toda su brutal posición frente a la vida, son seres complejos, en los cuales se cruzan lo demoníaco y lo angelical. Dicen que así es el alma rusa, y que el novelista no hizo más que pintarla. No lo creo. No creo que exista un alma rusa, como no existe un alma española. El hombre es la suma de sus experiencias, y éstas varían

ATENEO DE MADRID

Sección de Literatura, con la cooperación de la Alianza de Escritores Antifascistas

HOMENAJE A

MAXIMO GORKI

Intervendrán los compañeros:

RICARDO BAEZA (ensayista).
LINO NOVÁS CALVO (periodista cubano, Secretario 1.º de la Sección de Literatura).
ANDRÉS IDUARTE (de la Universidad Obrera, de México).
MIGUEL KOLTZOV (Secretario de la Asociación Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura).
MARIA TERESA LEÓN (escritora revolucionaria).
PEDRO CARRÉ (pianista).

Sábado, 5 de Setiembre, a las siete y media de la tarde

con las condiciones sociales. Ni creo tampoco que los compañeros de Gorki fueran como él nos cuenta. Un personaje literario se compone de elementos a veces extraños unos a otros. El autor lo ha ido concibiendo en sí, formándolo de materiales muy varios, y nos lo presenta modelado conforme a sus ideas y sentimientos. Elevada así la realidad a la idea, se hace universal, se nos hace familiar a todos. Por eso puedo decir que yo he convivido con personajes de Gorki, no sólo en Europa, sino en regiones más remotas. Aquellos personajes serían, exteriormente, toda una antítesis de los caídos y vagabundos del ruso; pero Gorki animó a sus gentes con sentimientos y aspiraciones —la eterna aspiración hacia el bien— que todos hemos sentido en las mismas circunstancias, en momentos similares.

Esta elevación, sobre la propia materia anecdótica, este construir sobre el bien posible, sobre el mañana presentido por el artista, es lo que hace de el realismo gorkiano un género enteramente original. Todo el que expulsado de un medio social comienza a rodar por las miserias del mundo va adquiriendo, por el procedimiento de la bola de nieve, una psicología especial, muy distinta de la del obrero que reside habitualmente en un solo sitio, en relación con su familia y con sus compañeros de sindicato. El vagabundo aprende, por un lado, a depender del azar; por otro, a no depender sino de sí mismo. Ni afectos, ni amigos duraderos, ni personas afines con quien compartir emociones. Se hace solitario, huraño, escéptico: todo cuanto ve lo compara con lo que le ha ocurrido a él y a otros compañeros, y llega a conclusiones verdaderamente desastrosas. No cree en nada. No espera salvación alguna para su clase. Es generalmente un filósofo de que "el pez grande se come al chico"; y de que él que ha nacido chico no tiene otro fin que el de ser comido. Aprende a valérselas como puede; sacando todo el partido posible de su desgracia, violando todas las leyes que puede, y cayendo no pocas veces en sus telarañas. Se habitúa a vivir para sí, a decir "después de mí el diluvio". Egoísta, reconcentrado, herido, amargado, resentido, apaleado, el trabajador errante era —y es aún en muchas partes— un hombre sin fe y sin conciencia de clase.

Yo no tengo duda de que Gorki fué, igualmente, en los primeros tiempos, un hombre de este tipo. Pero su enorme fervor humano, su poderosa mentalidad constructiva, debieron impelerle a remontar las realidades de su vida personal. La misma imperiosidad del oficio de escribir tuvo que demostrarle la necesidad de elevarse sobre la anécdota. Si la vida que hemos vivido y sufrido es sórdida y cruel, nuestras fuerzas deben encaminarse a la l i b e r a c i ó n. Aplastados por el enfado, la monotonía del sufrimiento, los personajes de Gorki buscan liberarse de sí mismos por varios modos: mucho de lo que hacen lo hacen por un poderoso afán de libertarse. No conocen exactamente la meta; y aunque la conocieran, difícilmente creerían en ella; pero el impulso es siempre el mismo. Sumisos a las conveniencias del momento, sueñan constantemente con la libertad, con la felicidad. Es un sueño que los grandes dirigentes políticos estaban construyendo con claridad y firmeza.

Parece que Gorki escribiera por el placer de hacerlo, sin tener en cuenta la labor inmediata de la acción política. Mas al escribir, inconforme con la seca y desnuda realidad, por pura intuición artística, tenía que elevarse sobre ella e infundir a sus personajes una segunda vida, la vida de lo que no era pero que —si hubiera sido —aquellas brutalidades en que se movían no existirían. Al salirse así del mero reportaje, el autor se hace dirigente de emociones más altas y, sin decirlo, conduce el impulso espiritual de sus lectores hacia una meta que los Lenin tuvieron la clara misión de señalar con certeza.

Este fué acaso el primer elemento que se enfrentó con la duda que necesariamente debió de corroer la mente del autor. La emoción se enfrentó acaso (así nos ha ocurrido a muchos) primero que la razón, con la duda. Por intuición artística, porque no se puede ser gran artista sin dejar de ser mero fotógrafo, Gorki buscó otro mundo más allá de las simples miserias de sus personajes. Y ese más allá, como hombre cargado de experiencias vitales, como realista por temperamento y por necesidad, no podía buscarlo en sueños fantásticos: sus gentes tenían que soñar con una cosa factible, aun cuando no la esperaran para sí mismos.

Acaso haya venido entonces la segunda fase. Tengo entendido que a Gorki, el vagabundo, el pequeño burgués convertido en lumpen-proletario, le costó algún trabajo conformar sus emociones a las netas consignas del partido a que, en el fondo, había servido y en el cual tenían que desembocar sus postulados, sus simples exposiciones de los dolores populares. Acostumbrado a refugiarse siempre en un mundo de aspiraciones puestas en rudo contraste con las realidades en que se movió (y he aquí una de las extrañas grandezas de sus personajes) el realista enemigo de la realidad opresora debió de encogerse también, de primera intención ante la realidad liberadora.

Pero esta última realidad la dirigen hombres de vastas perspectivas humanas y sociales. Gorki, a pesar de su sistemática rebeldía de vagabundo, no podía ser para ellos sino uno de los más poderosos elementos que tendían a la anulación de un mundo y a la creación de otro. Por eso todo se lo tenían que perdonar, sabiendo que a la larga caería en la cuenta de que su propia obra tenía que empujarle hacía el ancho camino del nuevo régimen abierto por todos los inconformes y los oprimidos.

Y Gorki respondió. Todos sabemos lo que significaba en Rusia a la hora de su muerte. Yo, que al lado de sus cuentos colocaba siempre los de Panait Istrati, tuve que escribir a la muerte del rumano una nota sentimental, personalista, como la que se escribe de un amigo que se ha amado mucho, pero que no se puede disculpar en algún sentido. Lo que en Panait Istrati no tiene disculpa, y lo que le condujo a morir en brazos de unos monjes, fué su incapacidad para creer definitivamente en algo práctico y humano dentro de la perfección a que nuestros sistemas pueden llegar. Era demasiado romántico, no lo necesariamente bueno tal vez, para superar la tiranía de sus experiencias. Gorki, por lo contrario, tuvo el valor (y nadie sabe cuanto valor es necesario en casos semejantes) para enfrentarse con la duda. Si nuestro Baroja tuviera ese valor, en la nueva sociedad que los combatientes populares están fraguando con los martillos de sus puños y con el sacrificio de sus vidas, habría también gigantes aviones y poderosas fábricas colectivizadas que llevaran su nombre.

Lector constante de Gorki, hombre que ha pasado más trabajos de lo que puede relatar, acaso más cercano, temperamentalmente, del aventurero sin fortuna que del militante social, admiro hoy más que nunca al escritor que, a fuerza de sacrificios, llegó a sacrificar hasta sus emociones más inveteradas para ponerse, al fin, al servicio de un movimiento que ha venido, no sólo a anular a todos sus personajes, sino las fuerzas en descomposición de que eran producto. El Gorki de los abatidos no es ya posible, afortunadamente, en Rusia; pero aquel Gorki supo y pudo evolucionar, lógicamente, para llegar por fin a poner su talento y su prestigio al servicio del grandioso experimento que hoy nos sirve de norma y ejemplo y que hemos de lograr en España cueste lo que cueste.

En todo el que ha sentido en sí el impulso irresistible, o la necesidad social, de desprenderse de toda clase de vivir del robo o del trabajo errante, de dormir a la luz de las estrellas o a la sombra de los vallados, la fantasía predomina forzosamente sobre la voluntad. O bien esta voluntad es una fuerza negativa, un impulso de esquivar más bien que de acometer. Dicen que en Rusia, en aquella Rusia, estos caracteres se daban con más profundidad que en ningún otro país. Si a la larga; con esta doble gravitación sobre su alma, ha sabido sobreponerse Gorki y, con una decisión resuelta, incorporarse a la impetuosa corriente de transformación que ha de barrer, que está barriendo ya y de una vez, de la tierra a los principios de esclavitud bajo que pululaban sus personajes, ello le hace doblemente grande, como artista, como hombre de conciencia sana, como intelectual consecuente y fiel a la causa de los oprimidos, las gentes de su clase. Sus vacilaciones vencidas no han sido más que aleteos moribundos, imprescindibles oleajes del gran mar emocional de un alma saturada, sobrecargada de experiencias, que en vano se ha esforzado en hallar, por mucho tiempo, en ellas la solución certera y universal.

Pero esta resolución estaba ya implícita en su obra eterna. Rechazando el arte puramente descriptivo, había tratado Gorki de explicarse en todo momento la razón y esencia de los fenómenos que le mostraban su insaciable curiosidad. Su arte es, en gran parte, la lucha de un alma entenebrecida por salir de las sombras. Todo lo contrario de un Dostoyewski (cuyas "Pobres Gentes", dice uno de los personajes de Gorki, son fantasmas más que personas reales); busca siempre la emoción en la claridad meridiana que, de tan candente, sobrecoge y ofusca. No podía cegarse el hombre acostumbrado a tanta luz vital ante el vibrante espectáculo de la nueva sociedad rusa, ni juzgar de su conjunto (como hizo Istrati) por simples detalles anecdóticos. Su actitud es un magnífico ejemplo para cuantos por razones de nuestro género de vida, hayamos podido sufrir el cáncer de la duda, la droga enervante del escepticismo. Nos bastaría tener fe en él, creer en la bondad de su resolución final para que, llegado el momento de las decisiones, tomáramos el mismo camino.

A medida que Gorki avanza en su obra se acentúa más en él la voluntad de tomar partido. No importa de qué se trate, toma siempre partido. Se separa más y más de sus personajes; los desplazados, los fracasados no pueden ser para él sino modelos negativos, demostraciones palpables de los vicios de una sociedad, de la maldad de una clase, de la monstruosidad de un régimen. Animado de una profunda simpatía humana, de un deseo de hacer feliz a la humanidad, desengañado de la imposibilidad de conseguir esta felicidad por medios persuasivos o evangélicos, termina por creer en la necesidad de forzarlos. Sus personajes no serán jamás capaces de buscar su bienestar por las buenas, siglos de falsas predicaciones les han inutilizado para la lucha por su propia liberación: preciso es, pues, forzarles, imponerles por la fuerza —que luego es la fuerza de una voluntad popular mayoritaria— la felicidad a que aspiran, pero que son incapaces de procurar por sí mismos.

Tal resolución, nadie sabe cuán difícil es para un vagabundo. Hay que aceptar una responsabilidad, cuando todo nuestro pasado ha sido de irresponsabilidad; hay que sostener con tesón una posición combatiente, cuando a lo largo de los años hemos aprendido a buscar la liberación por el abandono del "deber"; hay que seguir una línea recta y única, cuando todas nuestras andanzas están llenas de curvas, fugas y sinuosidades torturadas: quien como Gorki ha logrado vencer estas gravitacio del pasado es, por sólo eso, un ser extraordinario. Y Gorki ha sabido ser, por último, constante en la afirmación como antes lo había sido en la negación.

Por la negación, por la humillación de sus héroes, ha llegado este escritor a su liberación. Hubo momentos en que llegó a dudar de su propia labor. En uno de sus cuentos refiere como sus personajes le asaltan de noche y le acusan de deleitarse en sus miserias, añadiendo torturas imaginarias a las muchas que ya por el simple hecho de vivir estamos condenados a padecer. Gorki rompe lo que había escrito aquella noche, y se pregunta si el hambre, el frío, las violencias de todo orden de que ha hecho víctimas a sus gentes, no resultarán inútiles o perniciosas. Más tarde debió de convencerse de lo contrario: el alma y los sufrimientos de sus descamisados, expuestos con toda la crudeza y el vigor de que es capaz un gran escritor, vinieron a ser fuerzas inductoras de rebeldía en todo el mundo. Viendo aquella sociedad, volvíamos los ojos a la nuestra y le hallábamos muchas semejanzas; lo que había sido un sobrellevar cotidiano de miseria, resultaba novedad candente que obligaba a pensar: el novelista ruso venía a descubrirnos a nosotros mismos a cientos de leguas de distancia.

Al Gorki meramente novelista, sin tendencia aparente, sucede el Gorki publicista y político. Su inquietud le impulsa a experimentarlo todo. Saturado de violentas emociones vitales, busca siempre nuevos campos de exploración. Pero desemboca siempre en el mismo terreno: el trabajador, el oprimido, el paria, el explotado, el prisionero, el abatido, son su preocupación constante. Puede ser el publicista que expone abiertamente la necesidad de crear una nueva sociedad o el novelista que, por la fuerza misma de su arte y por la exposición de sus personajes, implica esa misma necesidad. Jamás escribe por escribir, por entretener al lector desinteresado o por halagar al lector morboso: detrás de cada página se descubre una intención social: el rebelde, el inconforme, el combatiente están siempre en sus voces. Hasta sus propios personajes se nos figuran, más de una vez, meras imágenes para hacer llegar al pueblo una verdad palpitante, la verdad insoportable de una clase de hombres rebajados frente a sus semejantes a la categoría de bestias.

No sabría yo explicar por qué magia del arte ha logrado este escritor que sus narraciones sean a la vez que un documento humano tan violento y descarnado, piezas poéticas que han leído —y leen aún— con gusto hasta muchas niñas mimadas y todos los intelectuales del mundo. Y —lo que era más difícil— que le lean sus personajes, los descamisados y miserables. En España le han leído hasta los gitanos. Por los lugares que yo he andado, en Europa y en América, le leíamos los trabajadores y los vagos, los fijos y los emigrantes, con una afición que pudiera parecer morbosa, si no fuera porque al cabo de cada lectura nos sentíamos más distintos de sus héroes. Y no era que nos separáramos de ellos por repugnancia: era que las ideas del autor, comprendidas en la narración, expuestas a veces por él y otras por algún personaje, y desarrolladas con la ardiente lógica del drama, habían tenido por lo menos la virtud de insuflarnos una rebeldía y una conciencia colectiva de que carecían sus vagabundos.

Y así se han ido animando los caídos, así se han unido los pobres, así se han levantado los sumisos. La obra de Gorki ha tenido una enorme influencia en la rebelión de la conciencia proletaria A su imitación brotaron por todas partes narradores de miserias y violencias, de truculencias y dolores, de crueldades y amarguras; a la mayoría les faltó lo que ha sido la verdadera esencia de toda su obra: la intención política y social; su propósito de mover removiendo los fondos emocionales, el hombre a la rebeldía.

¡Cuantos malhechores vemos así!

Había en este señor Eugenio Bar todo el horror, todo el terror humano, toda la absurda crueldad, toda la bárbara y estúpida terquedad que reunidas en un mismo ser humano había conocido José en su clase de Historia Universal bajo la famosa marca de fábrica de los "antiguos romanos."

Estos señores históricos que atendían por "antiguos romanos" y que equivocadamente eran designados muchas veces con el nombre de estoicos, no eran sino grandes propietarios de espíritu conservador, capitalistas sin escrúpulos y explotadores de esclavos que se hacían famosos sacrificando a sus propios hijos en su brutal obstinación, o saciando su encono en el estrago del pueblo, a quien llamaban desdeñosamente "la plebe", y vertiendo su sangre preciosa. Pero escalaban las más altas cimas de la gloria lanzando rebaños de hombres inculpables y ganosos del goce de vivir, contra otros rebaños de adolescentes, igualmente inocentes y joviales, a quienes llamaban "los enemigos", y hacían luchar a unos con otros en el mayor número posible, mientras ellos, los grandes hombres, los héroes, los generales, lejos de la matanza, en magníficas tiendas, recibían o despachaban a miserables sicarios que llamaban "mensajeros", o "ayudantes". Y esto continuaba hasta que uno, sin duda el más inteligente de los míseros tropeles juveniles (constituídos las más veces de pobres hijos de labriegos, poetas como Horacio—que se hizo famoso arrojando el escudo—, malhechores sin trabajo, simpáticos aventureros y, en fin, hombres sencillos e ingenuos, de esos que se llaman patriotas), entraba al fin en razón, y volviendo las espaldas, echaba a correr cuanto podía en su sano instinto de conservación, dejando al adversario quieras o no quieras, dueño del campo, y, por ende, triunfador y glorioso.

Uno de aquellos sicarios, uno de aquellos verdugos llamados ayudantes, se lo venía luego a anunciar al general en jefe, un señor entrado en años, por lo general impotente, calvo y millonario. Y si éste ordenaba diezmar a sus propias tropas porque, rendidas de fatiga, no habían perseguido al «enemigo» después de la batalla o no habían acuchillado a conciencia a los prisioneros caídos en sus manos, ¡ah!, entonces este señor de tan gran sensibilidad entraba en la categoría de los «antiguos romanos» y se convertía en el favorito de la mentirosa ramera Clío y de los profesores del Instituto mal avenidos en su matrimonio, que presentaban al personaje como un héroe y un modelo ante los ojos asombrados de los muchachos.

(De HERMAN KESTEN; en una novela que hay que leer: *José busca su libertad*. Ediciones Hoy. Madrid, 1931.)



Representante: EUGENIO DE BENEDICTIS

con las condiciones sociales. Ni creo tampoco que los compañeros de Gorki fueran como él nos cuenta. Un personaje literario se compone de elementos a veces extraños unos a otros. El autor lo ha ido concibiendo en sí, formándolo de materiales muy varios, y nos lo presenta modelado conforme a sus ideas y sentimientos. Elevada así la realidad a la idea, se hace universal, se nos hace familiar a todos. Por eso puedo decir que yo he convivido con personajes de Gorki, no sólo en Europa, sino en regiones más remotas. Aquellos personajes serían, exteriormente, toda una antítesis de los caídos y vagabundos del ruso; pero Gorki animó a sus gentes con sentimientos y aspiraciones —la eterna aspiración hacia el bien— que todos hemos sentido en las mismas circunstancias, en momentos similares.

Esta elevación, sobre la propia materia anecdótica, este construir sobre el bien posible, sobre el mañana presentido por el artista, es lo que hace de el realismo gorkiano un género enteramente original. Todo el que expulsado de un medio social comienza a rodar por las miserias del mundo va adquiriendo, por el procedimiento de la bola de nieve, una psicología especial, muy distinta de la del obrero que reside habitualmente en un solo sitio, en relación con su familia y con sus compañeros de sindicato. El vagabundo aprende, por un lado, a depender del azar; por otro, a no depender sino de sí mismo. Ni afectos, ni amigos duraderos, ni personas afines con quien compartir emociones. Se hace solitario, huraño, escéptico: todo cuanto ve lo compara con lo que le ha ocurrido a él y a otros compañeros, y llega a conclusiones verdaderamente desastrosas. No cree en nada. No espera salvación alguna para su clase. Es generalmente un filósofo de que "el pez grande se come al chico"; y de que él que ha nacido chico no tiene otro fin que el de ser comido. Aprende a valérselas como puede; sacando todo el partido posible de su desgracia, violando todas las leyes que puede, y cayendo no pocas veces en sus telarañas. Se habitúa a vivir para sí, a decir "después de mí el diluvio". Egoísta, reconcentrado, herido, amargado, resentido, apaleado, el trabajador errante era —y es aún en muchas partes— un hombre sin fe y sin conciencia de clase.

Yo no tengo duda de que Gorki fué, igualmente, en los primeros tiempos, un hombre de este tipo. Pero su enorme fervor humano, su poderosa mentalidad constructiva, debieron impelerle a remontar las realidades de su vida personal. La misma imperiosidad del oficio de escribir tuvo que demostrarle la necesidad de elevarse sobre la anécdota. Si la vida que hemos vivido y sufrido es sórdida y cruel, nuestras fuerzas deben encaminarse a la liberación. Aplastados por el enfado, la monotonía del sufrimiento, los personajes de Gorki buscan liberarse de sí mismos por varios modos: mucho de lo que hacen lo hacen por un poderoso afán de libertarse. No conocen exactamente la meta; y aunque la conocieran, difícilmente creerían en ella; pero el impulso es siempre el mismo. Sumisos a las conveniencias del momento, sueñan constantemente con la libertad, con la felicidad. Es un sueño que los grandes dirigentes políticos estaban construyendo con claridad y firmeza.

ATENEO DE MADRID

Sección de Literatura, con la cooperación de la Alianza de Escritores Antifascistas

HOMENAJE A

MAXIMO GORKI

Intervendrán los compañeros:

RICARDO BAEZA (ensayista).
LINO NOVÁS CALVO (periodista cubano, Secretario 1.º de la Sección de Literatura).
ANDRÉS IDUARTE (de la Universidad Obrera, de México).
MIGUEL KOLTZOV (Secretario de la Asociación Internacional de Escritores para la defensa de la Cultura).
MARIA TERESA LEÓN (escritora revolucionaria).
PEDRO CARRÉ (pianista).

Sábado, 5 de Setiembre, a las siete y media de la tarde

Parece que Gorki escribiera por el placer de hacerlo, sin tener en cuenta la labor inmediata de la acción política. Mas al escribir, inconforme con la seca y desnuda realidad, por pura intuición artística, tenía que elevarse sobre ella e infundir a sus personajes una segunda vida, la vida de lo que no era pero que —si hubiera sido —aquellas brutalidades en que se movían no existirían. Al salirse así del mero reportaje, el autor se hace dirigente de emociones más altas y, sin decirlo, conduce el impulso espiritual de sus lectores hacia una meta que los Lenin tuvieron la clara misión de señalar con certeza.

Este fué acaso el primer elemento que se enfrentó con la duda que necesariamente debió de corroer la mente del autor. La emoción se enfrentó acaso (así nos ha ocurrido a muchos) primero que la razón, con la duda. Por intuición artística, porque no se puede ser gran artista sin dejar de ser mero fotógrafo, Gorki buscó otro mundo más allá de las simples miserias de sus personajes. Y ese más allá, como hombre cargado de experiencias vitales, como realista por temperamento y por necesidad, no podía buscarlo en sueños fantásticos: sus gentes tenían que soñar con una cosa factible, aun cuando no la esperaran para sí mismos.

Acaso haya venido entonces la segunda fase. Tengo entendido que a Gorki, el vagabundo, el pequeño burgués convertido en lumpen-proletario, le costó algún trabajo conformar sus emociones a las netas consignas del partido a que, en el fondo, había servido y en el cual tenían que desembocar sus postulados, sus simples exposiciones de los dolores populares. Acostumbrado a refugiarse siempre en un mundo de aspiraciones puestas en rudo contraste con las realidades en que se movió (y he aquí una de las extrañas grandezas de sus personajes) el realista enemigo de la realidad opresora debió de encogerse también, de primera intención ante la realidad liberadora.

Pero esta última realidad la dirigen hombres de vastas perspectivas humanas y sociales. Gorki, a pesar de su sistemática rebeldía de vagabundo, no podía ser para ellos sino uno de los más poderosos elementos que tendían a la anulación de un mundo y a la creación de otro. Por eso todo se lo tenían que perdonar, sabiendo que a la larga caería en la cuenta de que su propia obra tenía que empujarle hacia el ancho camino del nuevo régimen abierto por todos los inconformes y los oprimidos.

Y Gorki respondió. Todos sabemos lo que significaba en Rusia a la hora de su muerte. Yo, que al lado de sus cuentos colocaba siempre los de Panait Istrati, tuve que escribir a la muerte del rumano una nota sentimental, personalista, como la que se escribe de un amigo que se ha amado mucho, pero que no se puede disculpar en algún sentido. Lo que en Panait Istrati no tiene disculpa, y lo que le condujo a morir en brazos de unos monjes, fué su incapacidad para creer definitivamente en algo práctico y humano dentro de la perfección a que nuestros sistemas pueden llegar. Era demasiado romántico, no lo necesariamente bueno tal vez, para superar la tiranía de sus experiencias. Gorki, por lo contrario, tuvo el valor (y nadie sabe cuanto valor es necesario en casos semejantes) para enfrentarse con la duda. Si nuestro Baroja tuviera ese valor, en la nueva sociedad que los combatientes populares están fraguando con los martillos de sus puños y con el sacrificio de sus vidas, habría también gigantes aviones y poderosas fábricas colectivizadas que llevaran su nombre.

Lector constante de Gorki, hombre que ha pasado más trabajos de lo que puede relatar, acaso más cercano, temperamentalmente, del aventurero sin fortuna que del militante social, admiro hoy más que nunca al escritor que, a fuerza de sacrificios, llegó a sacrificar hasta sus emociones más inveteradas para ponerse, al fin, al servicio de un movimiento que ha venido, no sólo a anular a todos sus personajes, sino las fuerzas en descomposición de que eran producto. El Gorki de los abatidos no es ya posible, afortunadamente, en Rusia; pero aquel Gorki supo y pudo evolucionar, lógicamente, para llegar por fin a poner su talento y su prestigio al servicio del grandioso experimento que hoy nos sirve de norma y ejemplo y que hemos de lograr en España cueste lo que cueste.

En todo el que ha sentido en sí el impulso irresistible, o la necesidad social, de desprenderse de toda clase de vivir del robo o del trabajo errante, de dormir a la luz de las estrellas o a la sombra de los vallados, la fantasía predomina forzosamente sobre la voluntad. O bien esta voluntad es una fuerza negativa, un impulso de esquivar más bien que de acometer. Dicen que en Rusia, en aquella Rusia, estos caracteres se daban con más profundidad que en ningún otro país. Si a la larga; con esta doble gravitación sobre su alma, ha sabido sobreponerse Gorki y, con una decisión resuelta, incorporarse a la impetuosa corriente de transformación que ha de barrer, que está barriendo ya y de una vez, de la tierra a los principios de esclavitud bajo que pululaban sus personajes, ello le hace doblemente grande, como artista, como hombre de conciencia sana, como intelectual consecuente y fiel a la causa de los oprimidos, las gentes de su clase. Sus vacilaciones vencidas no han sido más que aleteos moribundos, imprescindibles oleajes del gran mar emocional de un alma saturada, sobrecargada de experiencias, que en vano se ha esforzado en hallar, por mucho tiempo, en ellas la solución certera y universal.

Pero esta resolución estaba ya implícita en su obra eterna. Rechazando el arte puramente descriptivo, había tratado Gorki de explicarse en todo momento la razón y esencia de los fenómenos que le mostraban su insaciable curiosidad. Su arte es, en gran parte, la lucha de un alma entenebrecida por salir de las sombras. Todo lo contrario de un Dostoyewski (cuyas "Pobres Gentes", dice uno de los personajes de Gorki, son fantasmas más que personas reales); busca siempre la emoción en la claridad meridiana que, de tan candente, sobrecoge y ofusca. No podía cegarse el hombre acostumbrado a tanta luz vital ante el vibrante espectáculo de la nueva sociedad rusa, ni juzgar de su conjunto (como hizo Istrati) por simples detalles anecdóticos. Su actitud es un magnífico ejemplo para cuantos por razones de nuestro género de vida, hayamos podido sufrir el cáncer de la duda, la droga enervante del escepticismo. Nos bastaría tener fe en él, creer en la bondad de su resolución final para que, llegado el momento de las decisiones, tomáramos el mismo camino.

A medida que Gorki avanza en su obra se acentúa más en él la voluntad de tomar partido. No importa de qué se trate, toma siempre partido. Se separa más y más de sus personajes; los desplazados, los fracasados no pueden ser para él sino modelos negativos, demostraciones palpables de los vicios de una sociedad, de la maldad de una clase, de la monstruosidad de un régimen. Animado de una profunda simpatía humana, de un deseo de hacer feliz a la humanidad, desengañado de la imposibilidad de conseguir esta felicidad por medios persuasivos o evangélicos, termina por creer en la necesidad de forzarlos. Sus personajes no serán jamás capaces de buscar su bienestar por las buenas, siglos de falsas predicaciones les han inutilizado para la lucha por su propia liberación: preciso es, pues, forzarles, imponerles por la fuerza —que luego es la fuerza de una voluntad popular mayoritaria— la felicidad a que aspiran, pero que son incapaces de procurar por sí mismos.

Tal resolución, nadie sabe cuán difícil es para un vagabundo. Hay que aceptar una responsabilidad, cuando todo nuestro pasado ha sido de irresponsabilidad; hay que sostener con tesón una posición combatiente, cuando a lo largo de los años hemos aprendido a buscar la liberación por el abandono del "deber"; hay que seguir una línea recta y única, cuando todas nuestras andanzas están llenas de curvas, fugas y sinuosidades torturadas: quien como Gorki ha logrado vencer estas gravitación del pasado es, por sólo eso, un ser extraordinario. Y Gorki ha sabido ser, por último, constante en la afirmación como antes lo había sido en la negación.

Por la negación, por la humillación de sus héroes, ha llegado este escritor a su liberación. Hubo momentos en que llegó a dudar de su propia labor. En uno de sus cuentos refiere como sus personajes le asaltan de noche y le acusan de deleitarse en sus miserias, añadiendo torturas imaginarias a las muchas que ya por el simple hecho de vivir estamos condenados a padecer. Gorki rompe lo que había escrito aquella noche, y se pregunta si el hambre, el frío, las violencias de todo orden de que ha hecho víctimas a sus gentes, no resultarán inútiles o perniciosas. Más tarde debió de convencerse de lo contrario: el alma y los sufrimientos de sus descamisados, expuestos con toda la crudeza y el vigor de que es capaz un gran escritor, vinieron a ser fuerzas inductoras de rebeldía en todo el mundo. Viendo aquella sociedad, volvíamos los ojos a la nuestra y le hallábamos muchas semejanzas; lo que había sido un sobrellevar cotidiano de miseria, resultaba novedad candente que obligaba a pensar: el novelista ruso venía a descubrirnos a nosotros mismos a cientos de leguas de distancia.

Al Gorki meramente novelista, sin tendencia aparente, sucede el Gorki publicista y político. Su inquietud le impulsa a experimentarlo todo. Saturado de violentas emociones vitales, busca siempre nuevos campos de exploración. Pero desemboca siempre en el mismo terreno: el trabajador, el oprimido, el paria, el explotado, el prisionero, el abatido, son su preocupación constante. Puede ser el publicista que expone abiertamente la necesidad de crear una nueva sociedad o el novelista que, por la fuerza misma de su arte y por la exposición de sus personajes, implica esa misma necesidad. Jamás escribe por escribir, por entretener al lector desinteresado o por halagar al lector morboso: detrás de cada página se descubre una intención social: el rebelde, el inconforme, el combatiente están siempre en sus voces. Hasta sus propios personajes se nos figuran, más de una vez, meras imágenes para hacer llegar al pueblo una verdad palpitante, la verdad insoportable de una clase de hombres rebajados frente a sus semejantes a la categoría de bestias.

No sabría yo explicar por qué magia del arte ha logrado este escritor que sus narraciones sean a la vez que un documento humano tan violento y descarnado, piezas poéticas que han leído —y leen aún— con gusto hasta muchas niñas mimadas y todos los intelectuales del mundo. Y —lo que era más difícil— que le lean sus personajes, los descamisados y miserables. En España le han leído hasta los gitanos. Por los lugares que yo he andado, en Europa y en América, le leíamos los trabajadores y los vagos, los fijos y los emigrantes, con una afición que pudiera parecer morbosa, sino fuera porque al cabo de cada lectura nos sentíamos más distintos de sus héroes. Y no era que nos separáramos de ellos por repugnancia: era que las ideas del autor, comprendidas en la narración, expuestas a veces por él y otras por algún personaje, y desarrolladas con la ardiente lógica del drama, habían tenido por lo menos la virtud de insuflarnos una rebeldía y una conciencia colectiva de que carecían sus vagabundos.

Y así se han ido animando los caídos, así se han unido los pobres, así se han levantado los sumisos. La obra de Gorki ha tenido una enorme influencia en la rebelión de la conciencia proletaria. A su imitación brotaron por todas partes narradores de miserias y violencias, de truculencias y dolores, de crueldades y amarguras; a la mayoría les faltó lo que ha sido la verdadera esencia de toda su obra: la intención política y social; su propósito de mover removiendo los fondos emocionales, el hombre a la rebeldía.

¡Cuantos malhechores vemos así!

Había en este señor Eugenio Bar todo el horror, todo el terror humano, toda la absurda crueldad, toda la bárbara y estúpida terquedad que reunidas en un mismo ser humano había conocido José en su clase de Historia Universal bajo la famosa marca de fábrica de los "antiguos romanos."

Estos señores históricos que atendían por "antiguos romanos" y que equivocadamente eran designados muchas veces con el nombre de estoicos, no eran sino grandes propietarios de espíritu conservador, capitalistas sin escrúpulos y explotadores de esclavos que se hacían famosos sacrificando a sus propios hijos en su brutal obstinación, o saciando su encono en el estrago del pueblo, a quien llamaban desdeñosamente "la plebe", y vertiendo su sangre preciosa. Pero escalaban las más altas cimas de la gloria lanzando rebaños de hombres inculpables y ganosos del goce de vivir, contra otros rebaños de adolescentes, igualmente inocentes y joviales, a quienes llamaban "los enemigos", y hacían luchar a unos con otros en el mayor número posible, mientras ellos, los grandes hombres, los héroes, los generales, lejos de la matanza, en magníficas tiendas, recibían o despachaban a miserables sicarios que llamaban "mensajeros", o "ayudantes". Y esto continuaba hasta que uno, sin duda el más inteligente de los míseros tropeles juveniles (constituidos las más veces de pobres hijos de labriegos, poetas como Horacio—que se hizo famoso arrojando el escudo--, malhechores sin trabajo, simpáticos aventureros y, en fin, hombres sencillos e ingenuos, de esos que se llaman patriotas), entraba al fin en razón, y volviendo las espaldas, echaba a correr cuanto podía en su sano instinto de conservación, dejando al adversario quieras o no quieras, dueño del campo, y, por ende, triunfador y glorioso.

Uno de aquellos sicarios, uno de aquellos verdugos llamados ayudantes, se lo venía luego a anunciar al general en jefe, un señor entrado en años, por lo general impotente, calvo y millonario. Y si éste ordenaba diezmar a sus propias tropas porque, rendidas de fatiga, no habían perseguido al «enemigo» después de la batalla o no habían acuchillado a conciencia a los prisioneros caídos en sus manos, ¡ah!, entonces este señor de tan gran sensibilidad entraba en la categoría de los «antiguos romanos» y se convertía en el favorito de la mentirosa ramera Clío y de los profesores del Instituto mal avenidos en su matrimonio, que presentaban al personaje como un héroe y un modelo ante los ojos asombrados de los muchachos.

(De HERMAN KESTEN; en una novela que hay que leer: *José busca su libertad*. Ediciones Hoy. Madrid, 1931.)



Representante: EUGENIO DE BENEDICTIS

Declaración en nuestros días

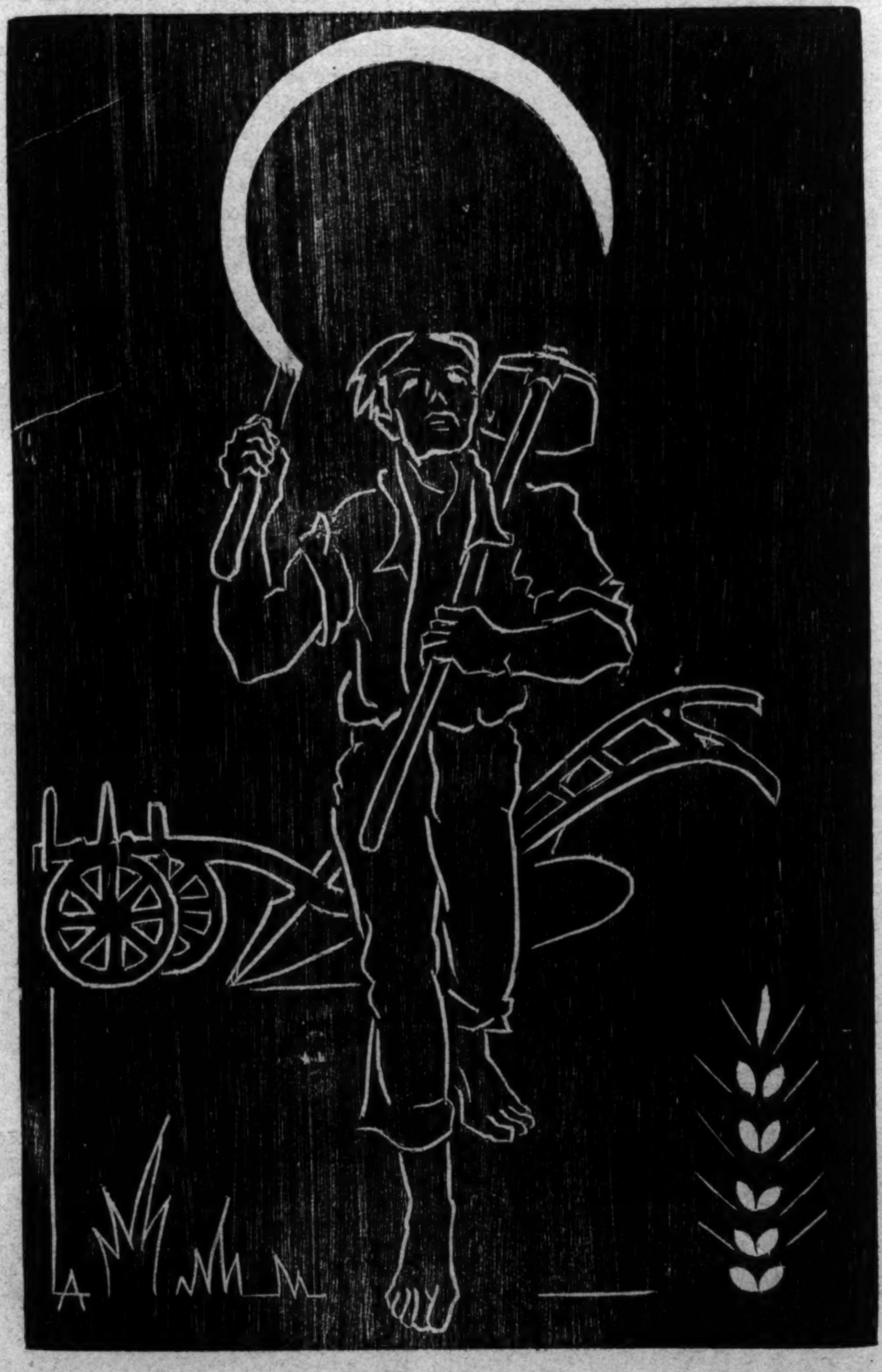
Por XAVIER ABRIL

= De *El Nacional*, texto y nota. México, D. F. =

Oponemos a vuestro mundo muerto,
ensangrentado y sin huesos
ya para caminar,
ese otro mundo que nace,
que ha nacido,
de abajo para arriba
en mil cruentas luchas
horrorosas y mortales,
sin piedad por un lado,
sin piedad por el otro
en el frente que señala
la caída de soldados y obreros asesinados.
En aquellos años de mil novecientos catorce
a mil novecientos diez y siete,
los hombres más conscientes
de la renovación de la tierra,
dieron sus vidas, sus días y sus noches
al trabajo profundo
que conocen los hombres de nuestros días.
Aquello principió antes de octubre,
con el entronizamiento de los déspotas,
la sangre detenida, presa y reprimida
en las venas mejores de los que se alzaron
con un gesto que aún no olvida
el triunfador ni el derrotado.
Ya el mundo tiene su fecha cenital.
Los trabajadores del planeta vigilan
su motor de acero y de sangre;
sólo con sangre marcha y canta.
El soldado rojo y el campesino
y el obrero de las fábricas
son el único ritmo que hoy tiene el mundo.
Octubre ha borrado las otras fechas
alegres o dolorosas
de los levantamientos armados.
Ya no nos hace falta a los que vivimos y comprendemos
la lucha de clases, la muerte de los hombres,
el nacer de las rosas, otros meses del año.
No queremos nada de lo que habita
hueco y vacío en las fechas heladas;
debemos cerrar el tiempo en una sola palabra
de lucha y sacrificio: ¡Octubre!
Octubre triunfador, nivelador, heroico,
ha cruzado los mares, ha germinado en los campos
de Asia, de Europa, de Africa,
de Oceanía y de América.
Los otros meses fueron de duro trabajo,
de muertes, de suicidios, de olvidos,
fueron y se fueron hasta Octubre.
No amamos esos sórdidos meses del año;
Octubre llena nuestras vidas,
rebasa nuestra sangre, grita y canta
en nuestros músculos y en la agitación de los átomos.
Desde Octubre no existen para nuestros camaradas soviéticos
los días y los meses sangrantes y reprimidos.
Hoy domina la voluntad creadora
de los obreros y los campesinos.
Los días antiguos con hambre y ataúdes,
cadenas y Siberia, ya no existen.
Los días de largas caminatas
por bosques y desiertos,
con tempestades en los riscos y en los cuerpos,
con cadenas en los brazos
y sin humedad en las gargantas, ya no existen.
Y no existirán mientras la revolución y el sol
vivifiquen por igual la tierra.
Los días interminables y con rejas,
hicieron este mundo nuevo de una sola imagen.
Ahí la tenéis, es Octubre,
os ilumina y os guía,
monstrando lo edificado:
a los viejos analfabetos de las aldeas y las ciudades transformados.
La tierra y el mar son nuevos.
Los niños no saben de la opresión,
también han sido liberados.
Y ya no vivirán los otros meses áridos—
calurosos o fríos.
Los meses oscuros
yacen sepultados en las catedrales antiguas,
en los museos antirreligiosos,
en las tumbas de los zares
y de los asesinos y verdugos,
de los popes y de los kulaks.
Los meses alegres de la clase antigua,
autocrática y parasitaria,
monstruosa y degenerada, ya no tienen mar.
Los meses estivales con bajo pozo negro en la sangre,
los meses de reposo y de indolencia cretina
de los opresores, ya no tienen mar.
Allí, en sus palacios,
hoy viven los enfermos que han trabajado;
las víctimas de la guerra civil,
los depauperados y sin pulmones,
los de la lucha diaria y el corazón excitado.
Luchemos de norte a sur y de este a oeste
por el Octubre definitivo y multitudinario
que ocupe la tierra y el mar.

XAVIER ABRIL

Desde una posición de simple simpatizador—más vehemente que eficaz—, Xavier Abril, uno de los positivos valores jóvenes del Perú, ha venido desembocando, a través de sus ya numerorosos libros, hasta los campos estrictamente definidos de la revolución social. El, que cultivó con íntima fruición muchos "ismos", ha rectificado totalmente su derrotero. A esta última fase de su desarrollo intelectual pertenece el libro *Declaración en nuestros días*.



Madera de *L. de A.*

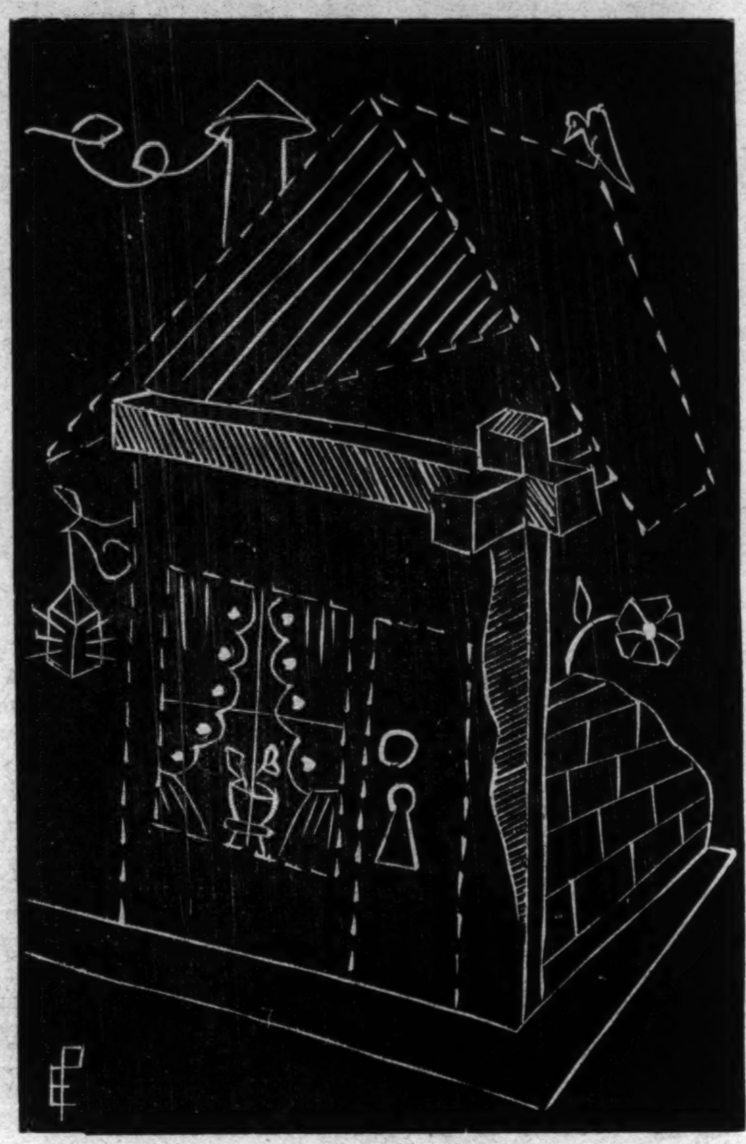
Comentarios a un elogio desmedido

Por JUAN DEL CAMINO

= *Colaboración*. Costa Rica y Octubre del 36 =

Si en la lucha contra el imperialismo yanqui ejecutado por el Departamento de Estado no estuviéramos en un puesto de honradez y sinceridad absolutas, dejaríamos pasar inadvertidas las palabras de elogio superlativo a la "democracia estadounidense" del señor D. Enrique Naranjo Martínez. Más que elogio de una democracia, son canto y aprobación de un imperialismo funesto. Y porque somos combatientes que no buscamos glorias ni pretendemos vivir cómodamente del ejercicio de este quehacer antiimperialista, vamos a comentar los juicios del señor de Colombia. Queremos afirmar al lector o lectores que nos siga o nos haya seguido en los ya largos años de lucha, que sólo desconociendo los males del imperialismo yanqui se puede salir a su defensa en el tono candoroso usado por el señor Naranjo. Este señor es el tipo de emigrado hispanoamericano que encuentra acomodo en colegios y universidades yanquis y hace de esa vida el mejor de los mundos. Vuelve la mirada a nuestros países y el contraste lo desespera. "El yanqui ha convertido la vida de su nación en algo paradisíaco, 'gastando ingentes sumas en educación pública en universidades y en los comités de investigación para todas las dolencias humanas", al decir del señor Naranjo. Mientras tanto nosotros vamos rezagados. Nuestra corruptela nos ha hecho miserables.

No es nueva la táctica del señor de Colombia, porque en igual forma le hemos visto aplicada por hombres que disfrutando de los inmensos beneficios de aquella vida, se han creído obligados a salirle al paso fieramente a las censuradores del imperialismo yanqui. En verdad son unidades desarraigadas. Nada tienen ya que ver con nuestro destino. Desconocen lo que es la lucha en cada uno de nuestros países. Acostumbrados a ver la cosa doméstica, que hace edénica la vida del yanqui, no ven que lo no doméstico, esto es, lo exterior, lo que es relación con nuestros pueblos se ha convertido en la obra de conquista más inicua y descarada. Enredarse en las comodidades del hogar yanqui para pedirnos amor para el yanqui que ejecuta las órdenes del imperialismo es la más grande de las candorosidades. Ese suceso doméstico dará la impresión al hispanoamericano desarraigado de que la democracia yanqui es la más formidable del mundo entero. Al hispanoamericano con otro horizonte no le pasa lo mismo.



Casa hipotecada

Madera de *Emilia Prieto*

Nosotros somos hispanoamericanos de un horizonte diferente y las hazañas del imperialismo yanqui nos sangran y nos infunden espíritu de vigilancia. Sin espíritu de vigilancia mentira que hay derecho para condenar la lucha desigual que se libra contra el imperialismo yanqui. La habilidad mayor del imperialismo yanqui está precisamente en matar en los ciudadanos de la América nuestra el espíritu de vigilancia. Cuando los ha metido en su redada, se los ha ganado para su causa. Sabe que mientras la censura exista, es porque hay ojos que observan y denuncian. Y a la observación y a la denuncia les tiene pavor el Departamento de Estado, que es en esa "formidable democracia" el organismo político que ejecuta los planes de conquista. Por eso no nos dejamos atrapar y bien sabemos los beneficios de toda índole que ofrecen los Estados Unidos dentro de sus fronteras. Pero una cosa es el orden allá y otra el orden en estos pueblos impuesto por el yanqui imperialista para provecho del imperialismo. Aspiramos a la vigilancia. Queremos ser vigilantes y dar la voz de alerta.

La dimos cuando el segundo Roosevelt inventó su política del buen vecino, que a los hispanoamericanos acomodados en los Estados Unidos tanto fascina. Jamás hemos creído en esa rusveliana invención. Sólo deseosos de hacer el coro a la nueva táctica de conquista imperialista, podemos estar con ella. No hay tal grito sincero de amistad en el presidente yanqui que "clama por el acercamiento bien entendido de los pueblos del Continente americano". El error es suponer a un funcionario yanqui supeditado al Departamento de Estado procediendo de modo diferente a las normas de conquista de ese organismo. No, señor de Colombia. Lo que vemos es el disfraz para ocultar lo que ya iba siendo horriblemente agresivo y nada más. El secreto de la política del buen vecino reside en que en apariencia se abandona la agresividad en la conquista. Y porque el señor Naranjo no ve la agresividad, supone que el segundo Roosevelt no tiene por qué engañarnos. El ejército y la escuadra de mayor poder mundial que él echa de menos en el trato que nos da el Departamento de Estado no tendría razón de ser y porque es cosa elemental, lo sabe el imperialismo yanqui. Para nada que no fuese para obra de escándalo serviría ese poder militar al Departamento de Estado.

Y el escándalo está eliminado de la política del buen vecino. Simplemente el escándalo. Esa política podría definirse diciendo que es la conquista sin escándalo. El imperialismo sigue dominándonos y los ingenuos proclaman el advenimiento de una nueva era de relaciones a base de igualdad, de entendimiento mutuo.

Y no queremos formar parte del coro de ingenuos. Creemos tener derecho a que se nos juzgue sinceros y honrados en esta lucha contra el imperialismo. No buscamos ni buscaremos ese apostolado bien pagado que da viajes y hace crecer el nombre. Nos contentamos con luchar desde este eminente semanario, que sin apoyo de nadie, libra todas las campañas en favor de la libertad de los pueblos. Nos sentimos bien afirmados y devolvemos hoy al señor Naranjo su cúmulo de ingenuidades sacadas de la observación superficial de la realidad hispanoamericana. ¿De dónde deduce este señor que con el abandono aparente de la Enmienda Platt libró el Departamento de Estado a Cuba del imperialismo yanqui? Esa alcahuetería murió porque estaba podrida y no servía al yanqui imperialista. Aparatosamente la echó al basurero el segundo Roosevelt, pero no dijo nunca que arrojaba la cadena que esclavizaba a Cuba. No podía decirlo el imperial presidente, porque Cuba es la factoría del imperialismo yanqui. La Enmienda Platt cayó en desuso como papel, pero como espíritu malvado siguió azotando a Cuba. El Departamento de Estado introdujo inmediatamente la dictadura militar organizada y jefeada por el fascineroso ministro yanqui Caffery. ¿Cómo es que el señor de Colombia no ve estas realidades sangrantes? ¿Cómo es que al afirmar su gozo por la desaparición de la Enmienda Platt no vuelve los ojos a Cuba un instante siquiera? Es que no es hispanoamericano de lucha sino de comodidad. Pero los que estamos día con día en la tarea de acusar las fechorías imperialistas nos llenamos de ira viendo la condición desgraciada de Cuba. Para que la presa no se vaya situó el Departamento de Estado en la isla al agente diplo-

mático de sombríos antecedentes. Y ese yanqui atrajo al militarote adueñado de las armas y por medio de él manda en Cuba. El ejército es una prolongación en Cuba de la embajada yanqui.

Ya hay paz en Cuba, la paz que el imperialismo necesita para disfrutar de sus presas. Mientras el cubano de honor no pueda levantarse a protestar contra la condición de factoría en que tiene sumida a Cuba el imperialismo yanqui, las organizaciones que sirven a ese imperialismo podrán hacer tranquilamente su digestión. La paz es mantenida por medio de las armas dominadas por el militarote soez apoyado por el Departamento de Estado.

Y esa es la sustitución satánica ideada por el segundo Roosevelt en sus relaciones con los países de la América nuestra. Alejó sus milicias y formó las milicias de nativos a las cuales ha entregado la custodia de las presas. Cite el panegirista señor Naranjo un solo caso de desocupación o de abandono de derechos en que el Departamento de Estado no haya previamente confiado a constabularias adiestradas por él el resguardo del territorio desocupado. Cítelo y se lo vamos a agradecer profundamente. Porque no lo conocemos y no podemos afirmar con él que en el abandono de la Enmienda Platt, que en el retiro de las milicias de Nicaragua, que en la desocupación de Haití y de Filipinas existan esas muestras de sinceridad tan pregonadas y alabadas por el ilustro colombiano. En cada uno de esos países el Departamento de Estado ha hecho la papelada de sacar la mano. Detrás de la pantomima ha dejado la constabularia con jefes yanquis y descastada para hacerla fiera y de mejor servicio en la defensa de las conquistas imperialistas. Sépalo el señor Naranjo como lo sabemos por estos países.

Pero en donde es candoroso hasta tocar las puertas del limbo este señor de Colombia es hablando del caso de Puerto Rico. El segundo Roosevelt "dejará en libertad a Puerto Rico, si la real mayoría de los puertorriqueños lo quieren!" Cómo se conoce que habla de oídas el señor Naranjo. No sabe que esa real mayoría es la que forma un solo frente contra el imperialismo yanqui y lo denuncia sin vacilaciones ni temores. No sabe que esa real mayoría es inteligente y no se deja engañar por las astucias del Departamento de Estado. No sabe que esa real mayoría quiere la libertad absoluta a la cual tiene derecho como pueblo digno y de decoro. Y porque es juego limpio y no farsa lo que busca es que el segundo Roosevelt, que tanto entusiasma al señor Naranjo, no ha podido meter la independencia estilo Filipinas, estilo Haití. Lo de Filipinas y lo de Haití es la farsa mayor del imperialismo que quiere hacer sentir su cambio de rumbo. Y Puerto Rico conoce las astucias del imperialismo y se niega a aceptar independencia mentida. Al plebiscito no ha querido ir el puertorriqueño que forma la real mayoría porque es un plebiscito estilo yanqui. Puerto Rico va conquistando su libertad y quiera o no el Departamento de Estado, Puerto Rico la tendrá limpia, sin que sea dádiva humillante del imperialismo yanqui.

Es largo seguir al señor Naranjo en sus falaces argumentaciones en favor del imperialismo yanqui. Pero digamos una última cosa. Pide él que dejemos quieto el tejado yanqui y castiguemos el propio en donde están los verdaderos entreguistas. Pero, oh!, señor, y lo ingenuo que se pone cuanto más argumenta para elogiar al yanqui imperialista. ¿Qué vigilancia ejerceremos contra el nativo entregado al yanqui si las organizaciones de conquista prosperan en nuestros pueblos porque ese nativo forma gobiernos y tribunales de justicia y congresos y senados y periodistas? ¿O es que se imagina el señor Naranjo que son figuras indefensas juntadas de la calle por la piratería extranjera? No. Este señor está en el abc y los años de vida yanqui lo han privado de la más elemental malicia. Vigilancia al traidor, grita entusiasmado como si hubiera descubierto la clave de la defensa anti-imperialista. Y no ve que el traidor está en donde sólo alcanza el oro de la rapacidad imperialista. Si no estuviera en posición de dar ayuda eficaz a esa rapacidad jamás sería traidor. Porque al hombre de la calle no lo busca ni la compañía del banano, ni la de las rutas aéreas, ni la de las concesiones marítimas, ni la de las gangas del subsuelo. Con el hombre de la calle no tiene que ver el imperialismo. Busca al de posición política y con él se apodera de una nación y la vuelve factoría. El imperialismo yanqui organiza en cada país las unidades para el triunfo. Y son unidades que no cuentan en un país con inmensas reservas como supone el señor Naranjo. El imperialismo por medio de las organizaciones de conquista las usa precisamente para apoderarse de reservas de la nación. Esta es la tragedia vergonzosa.

América hispana

Por CARLOS LUIS SAENZ

= Envío del autor. Heredia, Costa Rica, octubre del 36 =

1

El indio fué, y es
y su futuro
se pesa en la balanza:
o esclavo: minero, labrador,
hombre de máquina,
bajo la férrea garra imperial
de las norteñas águilas
¡o libre!,
señor de la gran tierra
que los Andes nutricios apuntalan
entre los dos océanos,
caminos de las razas,
junto a los hombres libres, ¡libre!
constructor de culturas,
exaltando su sangre milenaria
en el sereno gozo que hará del Continente
tierra poblada de trabajadores
sin diferencia de dioses ni de razas.

2

Veniste en barcos oprobiosos
que hacían gemir el mar bajo su peso,
hermano negro!
Cazado, solo o con tu prole,
te despidió un verde llanto de palmeras
y un rugido de totems africanos.
Te recibió la América materna
como a todos los hombres,
porque eres uno de ellos;
mas tú fuiste humillado con cadenas
y tu indefenso estado de salvaje
te entregó, sin malicia,
y lleno de temores ancestrales,
en las manos armadas de cruces y de látigos
de los civilizados, de piel blanca
como la mazamorra de maíz tierno;
¡no alcanzaste piedad
ni del padre Las Casas!
fuiste tú el otro buey manso de la yunta;
tu compañero, quebrada ya su lanza,
el indio triste, rezador de rosarios y novenas.

Si éste nos dió palabras dulcecitas
y mantas de colores de colibrí y auroras,
y áureos ídolos, y la quina,
la coca y el tabaco,
más los cántaros puros, de arcillas decoradas
con lindas pirotécnias de alfarero,
tú, negro, hermano nuestro,
nos trajiste los cuentos de Tío Conejo
y el brío másculo de la danza
al ritmo de tamboras y maracas.
¡Oh hermano negro, tu corazón
es blando como el algodón
cuando hilas la melancólica canción
que sale de tu acordeón...
obedeces temblando
al amo, y le dices "amito"...
pero tú sabes que mano a mano,
ganaremos un día la tierra,
bombardearemos todos
los barcos esclavistas
de ambos océanos
y una libre bandera clavaremos
en el pico más alto de los Andes.

Y nosotros los blancos, mulatos y mestizos,
nosotros los gallegos, andaluces y vascos,
los que vinimos del mar Cantábrico
así como los que un día dejamos el Mediterráneo,
nosotros hispanos, hijos o nietos de los centauros,
nosotros con el indio y con el negro
establezcamos el pacto del futuro:
de Méjico a Argentina, un solo ideal humano!
Imperiales cadenas sujetan nuestros brazos;
en selvas y ciudades, desnudos, vejados,
desposeídos, tristes, rotos los huesos y las almas,
nuestras lágrimas forman un solo llanto!
Formen también nuestros pechos
un solo escudo formidable; mano a mano
conquistemos la tierra fecunda,
la luz libre y el aire claro,
y los mares y el Ande
y la historia, ¡trabajadores hispanos!
No dejemos que muera esta América Grande
falta de hombres.
¡Cumplamos la hazaña!
Y que sea en los siglos futuros,
para hombres sin amos,
la América hispana!

OCTAVIO JIMENEZ A.
ABOGADO Y NOTARIO
OFICINA:
50 varas al Oeste de la Tesorería de la Junta de Caridad.
TELEFONO 4184 APARTADO 338

Del itinerario de un condenado

Por SERAFIN DELMAR

= Envío del autor. Penitenciaría de Lima. Agosto 26 de 1936 =

—¿Ud. es el señor D.?

—Para servirle.

—Gracias. Quería conocerlo, porque seré su compañero por 15 años.

Me miró y quiso sonreír.

—Esta vez sí creo que no me dan "condicional". ¡Jajajay!, buena que les he hecho a esos marranos; porque si no, me clavan internamiento.

—¿Cómo, ya estuvo preso? —inquirí.

—Esta casa la conozco, tanto como a mi propia celda. En 12 años se puede conocer, ¿no es verdad? Me perdonaron 3 los jueces, y juré no regresar. ¡Entonces sí que era prisión! Pues, ahora con los políticos más parece un hotel de emigrantes.

—Es una forma de autoconsolarse, amigo. En el Perú no puede ser buena una prisión donde viven y mueren los políticos.

De pronto, sus ojos se cubrieron de celajes interiores, y con una sonrisa triste que aguaitaba por entre sus blancos dientes, arrastró sus palabras sumisamente.

—3 hijos huérfanos, amigo. Preso yo. La madre en Santo Tomás. ¡Maldita entraña! Si ella no hubiera llorado besando al difunto, no la habría acusado ante la policía. Pero me dolió que quisiera al difunto más que a mí, que era su esposo legal. ¡Qué diablo! Uno no sabe como aprieta el corazón cuando se llena de celos. Lo mismo me sucedió con la primera mujer. Son los celos que se enraizan como un tumor maligno. Después de esto, ¿qué hacer? Tengo por fuerza que volver a mi oficio: criar pájaros. Como soy enfermo, no me obligarán a trabajar. Dios es justo con los hombres, porque al hacerme dijo: "este es hijo de la cárcel", y para consolarme me dió hernia. ¿Podré agradecerle? Sí, me dice una voz, porque ni los hombres fuertes vencen a la muerte cuando trabajan en los talleres. Allí rondan la tuberculosis y la locura, hermanadas como si no fuéramos hijos de Dios.

———

En el jardín los pajarillos se desesperan cantando, tal vez si dándose cuenta de que el hombre necesita consolarse. Son tan buenos, que viendo a los hombres opacos como un día de invierno, dan vueltas por aquí, por allá, y con su trino despiertan las hermosas mariposas que, rondando por las flores, se detienen a contemplar el cielo y el canto. Mas las flores, meciendo una sonrisa, se dan a las mariposas tiernamente, y el viento tenue y azul ondula el espejo de las aguas que riegan el jardín, donde los gorriones y canarios se bañan y beben para tener el canto fresco.

———

Agazapado tras un arbusto, el preso 700 acecha la trampa. Y cuando un pajarillo se acerca y cae jala la pita tembloroso de placer, desfigurándosele la cara de por sí rara y extraña. Al fin del día son varios los pajarillos prisioneros que van a la jaula grande que el preso 700 tiene en la celda. El los cuida y los mima. Mas los pajarillos ya no cantan, se pelean entre ellos, se odian y se hacen daño. Hay otra jaula con varios nidos, donde los pichoncitos todavía sin plumas, al piar hacen llorar a sus padres que impotentes miran desde dentro de la jaula. Piensan y sufren. Llaman. Les sale la voz del corazón, y cuando los hijos responden, se destrozan el cráneo peleándose para luego dejarse morir. Pero, cuán tierno es el 700 con los pichoncitos: los abriga en el pecho, en el hoyuelo de sus manos cavernosas, y con qué cuidado pone el piquito del pichón a su ancha boca para irles metiendo alimentos con la punta de la lengua. Cuando se duermen satisfechos, los coloca en sus nidos. Entonces él, eufórico les contempla y sonríe.

Día a día estamos los presos viendo como crecen y como dan los primeros pasos sobre la mesa del comedor. El los quiere como si fueran sus propios hijos. Cuenta a sus amigos de las gracias que hacen, de cómo los malcriados se ensucian en la mano, de cómo a veces se ponen insoportables al no querer abrir el piquito para recibir los alimentos. Otros parecen unos sapitos con las bocas chatas y eternamente abiertas de glotones que son. El los quiere, los quiere con el alma.

Pero este hombre es raro, porque no teniendo otros amigos que los pájaros prisioneros, les da libertad cuando algún preso sale. Y al suceder esto, él los contempla con ojos húmedos. A ratos llora viendo que los pajarillos apenas vuelan, que no pueden sostenerse sobre las ramas de los árboles, como si estuvieran mareados y no comprendieran la libertad. No cantan: se ponen tristes y lloran, igual que un hombre cuando vuelve a nacer, triste y viejo de haber sufrido en la cárcel.

Esta es la vida del 700. Le quería, porque todavía en él latía un corazón. Pero una mañana, lo vi que con otros reclusos aventaba piedras a lo alto de un árbol.

—¿Qué hay? — le interrogué acucioso.

—Ná, que se me ha escapao un pájaro ingratón.

El animalito que apenas podía volar, cayó atontado al suelo, saltó el 700 y con una ligereza felina le arrancó la cabecita.

—Ahora, escápate, condenao — gruñó que daba asco.

Mas, con gallarda postura aventó a uno y otro lado la cabeza y el cuerpito del pajarillo que todavía pulsaba. Le miré, y en su cara no advertí la menor emoción. Sólo sus dientes se avergonzaron cuando quiso sonreír.



Se le salió el burro — Madera de *Emilia Prieto*

El perro de la Odisea

Cuando Ulises, fatigado de sufrir por los embrujados caminos, llega sigilosamente a su ciudad, nadie le reconoce. La paciente Penélope no adivina en su figura tostada por los soles y los vientos del mar, al rey que partió un día a combatir a los troyanos; el perro en cambio, no bien lo ve acercarse, descubre al amo ausente tantos años y cae muerto a sus pies. Este episodio, que es uno de los más conmovedores de la Odisea, parecía exagerado al señor vizconde de Chateaubriand. El perro de Frank Hueter acaba de probarnos que Homero no incurrió en la exageración que le atribuye el escritor francés. Frank Hueter se halla recluído en una prisión de Nueva York. Sus amigos se resignaron y su esposa, a la manera de la ilustre Penélope, quién sabe lo que estará tejiendo. El can, en cambio, no pudo sobrellevar la ausencia. Rechazado por los guardianes, se volvió astuto y diligente y después de observar las costumbres de la cárcel, consiguió pasar por el portón clandestinamente, escondido entre los bultos de los presos. De este modo cayó en los brazos del presidario y es como los funcionarios que antes le perseguían se compadecieron de su nostalgia y encontraron en su actitud asunto para una moraleja dominical. El perro de Hueter ha dado una vez más a los moralistas y a los que componen cuentos infantiles, habitualmente con tan escasa fortuna, una lección de fidelidad y de solidaridad.

(Alberto Gerchunoff. En *Caras y Caretas*. Buenos Aires)

Noticia del XIV Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs en Buenos Aires

Por ARTURO MEJIA NIETO

= *Envío del autor.* Buenos Aires, setiembre de 1936 =

Los grandes centros sociales de América —sin una disciplina espiritual formada de una vez para siempre— se interesan en política y comercio. Pero los comerciantes y los políticos de Buenos Aires —al abrir en estos días los diarios por la mañana— se dan cuenta con sorpresa de que también los escritores son importantes. Tanto, tanto que desde todas las partes del mundo han venido a Buenos Aires a celebrar un congreso.

Así pensábamos el sábado por la mañana mientras nos apropiábamos de Emil Ludwig y le escuchábamos en un rincón del City Hotel, a nuestro entero sabor, la manera como encara su último libro que aún no ha aparecido: "El Nilo".

—Será un libro muy largo —nos dice en inglés.

—¿Ud. escribe en este idioma sus libros?

—No, no, toda mi obra se escribe en alemán. Pero hablo el francés y el inglés. Será como la vida de un hombre —sigue diciéndonos, —un poco simbólica. Toda la historia que en las playas del río se ha ido desarrollando irá corriendo en las páginas de mi libro mientras se ve correr las aguas del río...

—¿Le interesa a Ud. este país?

—Oh, sí. Estoy invitado a una "estancia" argentina, quiero ver el campo y las vacas... Quiero ver la pampa. Me interesa más el interior que las grandes ciudades.

—¿Es la primera vez que viene a Sud América?

—Sí. Pero a Norte América he ido cuatro veces.

—Sus libros son muy leídos aquí.

—No sabía. Me alegro. Mis hijos vinieron antes que el padre...

—¿Qué opina de nosotros?

—Nada, no tengo idea de Sud América. Probablemente podré formarme un juicio cuando regrese.

En este momento nuestro amigo Antonio Aita, secretario del P.E.N. Club de Buenos Aires, nos arrebata la presa tan codiciada y salimos en busca de Stefan Zweig, encontrándonos en nuestra carrera nerviosa con Sanín Cano, a quien saludamos de prisa y Alfonso Reyes, tan cariñoso y cordial, pero no detenemos la marcha hasta que de pronto... ¿un comerciante?, ¿un médico?, ¿un funcionario?... No, no, no, es Stefan Zweig. No parece en verdad un escritor, quizás a fuerza de no ser extravagante, resulta vulgar. No usa como tantos otros escritores, como el gran poeta italiano Ungaretti, una melena desordenada, como Duhamel, una calva espaciosa, como Benjamín Cremieux, una barba. Nada resalta en Zweig, ni siquiera su indumentaria que es cuidada. Pero, he aquí que éste también se nos va y no es sino en la tarde —oh, qué tarde inolvidable— en la inauguración del Congreso, cuando cruzamos dos palabras, nada más que dos palabras y precisamente es él quien nos ofrece una entrevista para otro día, pero por ahora nos pide que entre la enorme multitud de escritores, le ayudemos a buscar a Jules Romains, a quien desea felicitar por su estupendo discurso en representación de los escritores extranjeros. Esa pieza literaria ha dado tema a la gente y a los diarios para hablar... claro está que su belleza con ser mucha, no supera su utilidad práctica, pues se defiende allí la libertad y la democracia, cosas tan comprometidas en el momento actual. Citaré algunos párrafos alusivos:

"La historia no lleva en sí ninguna virtud natural de curación. La necesidad no repara espontáneamente los desórdenes y las llagas que ha causado la necesidad. No hay sino la voluntad y la libertad del hombre como elementos capaces de decir: ¡basta! a un drama que no termina más."

"Lo extraño de la cosa, su irritante ironía, es que nuestro drama es antes que todo un drama del enriquecimiento. Si la humanidad sufre hoy es por haber recibido una enorme cantidad de bienes en poco tiempo, tanto materiales cuanto espirituales. Desde hace un siglo ha visto el rápido incremento de su saber y su poder. Ha perdido la cabeza —que ya no era tan sólida... El espíritu no había estado jamás tan activo ni había sido tan fecundo. Pero jamás había "reinado" menos en un sentido."

"No es posible escaparse de la realidad mediante el simple expediente de rehusarse a conocerla o de darle un nombre injurioso. Como tampoco se podría hacer retroceder el inmenso empuje de la especie hacia lo colectivo con sólo cultivar la nostalgia de un individualismo de antaño, cuyas condiciones no volveremos a encontrar jamás. Toda la cuestión estriba en saber si aceptamos que se nos arrastre y destrocen las olas de un unanimismo inconsciente, ciego, fanático y fatal como el instinto, bárbaro en una palabra—la misma cuyos estragos actuales nos hacen temblar— o si preferimos en cambio un unanimismo consciente, hecho permeable a la luz y a la razón, informado sobre sus propios móviles y sus propios peligros, capaz de crítica y de libertad; en síntesis, un unanimismo dirigido hacia el espíritu. No hay más donde elegir."

"Así como no depende de nosotros hacer revivir —como sueñan algunos— un individualismo difunto y excedido, so pretexto de que cierto unanimismo bárbaro nos causa pavor, así también sería pretensión infantil querer—como otros, que a veces son los mismos—curar los males de la humanidad presente mediante el procedimiento de pedirle que sacrifique el asombroso acrecentamiento del saber y del poder que momentáneamente le estorban. ¿Qué es, en suma lo que se pretende que abandone? Todo cuanto ha conquistando desde hace siglo y medio—¡qué digo!—todo aquello cuya conquista ella había preparado desde el Renacimiento."

"No es muy difícil señalar el lugar de la literatura en ese gran debate. No es obscuro el principio que guiará su elección. No hay literatura contra la libertad, porque no hay literatura contra el espíritu."

"Cuando por un extravío pasajero la literatura se pronuncia contra la libertad, se pronuncia contra sí misma; y no tarda en purgar su falta. Languidece y perece bien pronto en el abrazo de la servidumbre que

(Pasa a la página 220)



Sanín Cano

Visto por *Rendón*

Sanín Cano en Buenos Aires

Por LUIS E. NIETO CABALLERO

= De *El Gráfico*. Bogotá =

A propuesta de Emil Ludwig, el gran biógrafo alemán, Baldomero Sanín Cano fué aclamado presidente del Congreso de Pen Clubs reunido en Buenos Aires. Gran honor para Colombia y merecido reconocimiento que hacen los intelectuales del mundo de la grave labor cumplida por el ciudadano de un pequeño país desconocido, que intelectualmente salió de sus fronteras! Sanín Cano es un hombre de América. Escribiera en otro idioma, pudiera ser un europeo. Tiene toda la preparación, todo el fervor, toda la chispa. Disocia ideas como Gourmont, como Faguet, como Taine, o acaso mejor como Brandes, el danés genial a quien nos hizo leer, que es como decir a quien nos hizo amar, porque ciertos espíritus, para ejercer todo su influjo, no necesitan del comercio diario. Basta el conocimiento.

Sanín Cano, a pesar de la universalidad de sus atributos de pensador y de artista, es demasiado nuestro para que no sintamos que al honrarlo a él se ha honrado a Colombia. De Colombia ha debido estarse hablando en ese concurso selecto de hombres llegados de los cuatro puntos cardinales, geográficos y del espíritu, con simpatía y con sorpresa. Tiene que valer, estarán pensando quienes apenas nos habrán visto en el mapa, un país que produce un hombre de

(Pasa a la página 223)

Habla D. Angel Ossorio y Gallardo

Hermanos de América...

= Ante el micrófono de la emisora madrileña P. C. M. I. el día 6 de setiembre de 1936. — Envío del *Servicio Especial de Información*. Medinaceli, 6. Madrid =

Hermanos de América: Seguramente habrán llegado a vosotros noticias tendenciosas diciéndoos que la sublevación militar está justificada porque España padecía un Gobierno comunista, destructor de todo nuestro patrimonio material, y que todos los españoles gemíamos bajo el yugo impuesto no ya por partidos, sino por hordas de obreros, frente a las cuales es legítimo y salvador el pronunciamiento.

Eso es una infame patraña. Lo que sucede hoy en España es, sencillamente, una consecuencia lógica de un trámite histórico. Permitidme que os lo explique en rápida síntesis. Invoco ante vosotros, para ser creído, mi historia y mi actual situación. Ajeno a las luchas, separado de los partidos, guiado por una larga experiencia, me encuentro en condiciones de serenidad y de imparcialidad. Ese es el título que alego para hablaros.

Fatigada España por tres cuartos de siglo de guerras civiles e internacionales, acogió la restauración de la monarquía de Alfonso XII, en 1876, como un sedante. Sólo quería paz y quietud. Aprovechándose de tal estado de ánimo, los gobernantes de entonces, Cánovas y Sagasta, administraron al pueblo un narcótico. España tenía todo lo que los países más adelantados. Teníamos sufragio universal; pero a condición de que las votaciones fueran falsas. Teníamos Parlamento; pero a condición de que no legislase. Teníamos Magistratura; pero a condición de que estuviese supeditada a los políticos. Teníamos enseñanza; pero a condición de que fuese poca, rutinaria y mal pagada. Teníamos Iglesia; pero a condición de que los obispos no se acercasen nunca al pueblo y vivieran encerrados en el coto de la aristocracia. Teníamos Ejército; pero un Ejército de casta señoritil, contra el cual no era permitida ni la más leve crítica sin riesgo de ir a la cárcel...

¿Para qué seguir? Todo el mundo recuerda que a fines del siglo pasado el Ateneo de Madrid publicó una información a la que acudieron los mejores cerebros nacionales, y que llevó el título de "Oligarquía y caciquismo como el régimen actual del Gobierno de España".

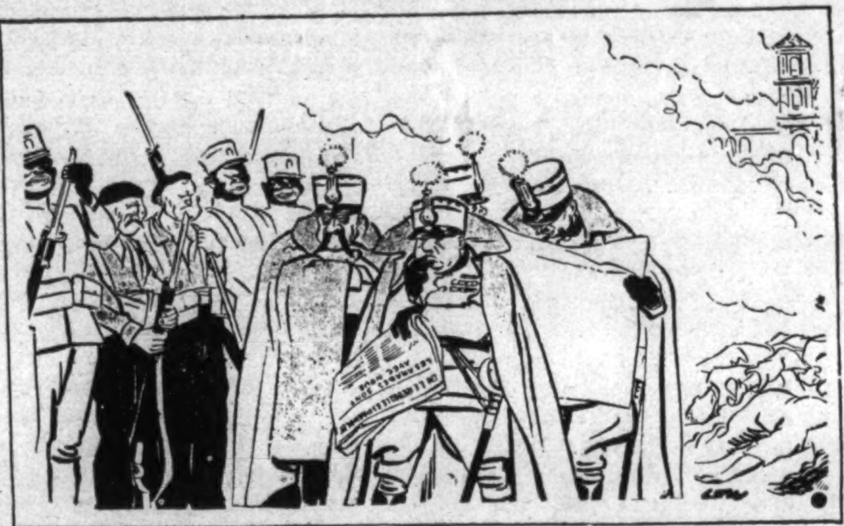
En el campo monárquico un hombre quiso reaccionar contra tanta vacuidad y tanto escándalo: don Antonio Maura. Era católico y era jefe del partido conservador. Pero había preconizado "la revolución desde arriba"; había dicho que "el pensamiento no delinque" había afirmado que "el Poder público no es católico ni protestante", se había esforzado en reducir al rey a su papel constitucional... y, naturalmente, con estas premisas le pusieron el veto el rey, los católicos intransigentes y el propio partido conservador, que un día le traicionó en masa, buscando otro caudillo más dúctil a las exigencias de las clases directoras. Aunque posteriormente hubo necesidad de humillarse y buscar a Maura, éste fué requisado accidentalmente para el Gobierno, pero no gobernó.

Privada la monarquía del único estadista que hubiera podido ser útil y reducidos los partidos políticos a la insubstancialidad y a la impotencia, surgieron las Juntas militares con la pretensión de esclavizar y embrutecer al país desde los cuartos de banderas. Frente a tan criminal intento sólo hubiera cabido un remedio: poner al país en pie provocando una sublevación espiritual que destruyese todo lo podrido y esbozase una vida nueva. Lejos de hacerlo así, se eligió el camino contrario. El 13 de septiembre de 1923 dió su golpe de Estado el general Primo de Rivera e instauró una dictadura inmoral y analfabeta, a la que quizás se perdone lo que hizo llorar por lo muchísimo que hizo reir. Mas ello no aminora el dramatismo del fenómeno. Hay algo más doloroso que un pueblo apuñalado: un pueblo en ridículo.

Ciertas personas advertimos desde el primer día algo evidentísimo; a saber: que cuando un régimen político instaura una dictadura, al caer la dictadura cae el régimen. Mucho más había de ocurrir en este caso, porque Primo de Rivera tuvo la franqueza de declarar que establecía la dictadura a nombre de los hombres de "su casta"; es decir, que ponía a España bajo las espuelas de los militares.

Lejos de escuchar tan clara advertencia, cuando se cumplían los seis años de aquella tiranía de opereta, el rey telegrafiaba al dictador haciendo votos para que pudiera continuar "su fecunda labor", procurando el engrandecimiento de la patria y contando con la cooperación de los buenos ciudadanos. De manera que el rey calificó de ciudadanos malos a cuantos luchábamos contra la dictadura.

A pesar de todo, la dictadura cayó, asfixiada por los estudiantes, por los periodistas, por las Academias. Pudo entonces el rey pedir perdón al país y someterse a su fallo. No lo intentó. Constituyó un Gobierno con otro general: el general Berenguer. Dígase en justicia que ese Gobierno no fué dictatorial, sino que, muy al revés, se esforzó en deshacer la obra de su predecesor. Pero cayó en el mismo error que todos. Creyó que el mejor medio de servir a la monarquía era



Dibujo de *Low*

España para los españoles

—Qué pena. Si tuviéramos algunos negros y árabes más, ya habríamos limpiado a España.

Ossorio

= De *Ahora*. Madrid, 8 de setiembre de 1936 =

Ossorio y Gallardo ha sido y es el hombre más ferozmente odiado por los católicos, los monárquicos y los conservadores españoles. ¿Por qué? Porque su voz es para ellos la voz de la conciencia acusadora, la que les dice implacablemente cuáles eran sus deberes. Ossorio, sumado hoy en alma y vida a la causa del pueblo, no ha tenido que cambiar un ápice sus convicciones. Es sorprendente y revelador oír a través de un micrófono de propaganda típicamente proletaria y revolucionaria esta voz firme de un hombre conservador, católico y monárquico que, sin ninguna abjuración de sus creencias y convicciones, antes bien, haciendo gala y ostentacion de ellas, con una gallardía que muchos rebeldes no han tenido jamás, dice al mundo con palabras claras y precisas que la razón y la verdad están del lado del pueblo.

Por eso le odian a muerte. Porque Ossorio es la voz acusadora que se alza ante ellos. Es el testimonio vivo de que son unos fariseos; de que no es la religión, ni la continuidad histórica, ni el bien general, ni la paz social, ni el patriotismo, lo que les ha lanzado a provocar la destrucción de España. Todo eso se podía defender y salvar sin esta espantosa mortandad. Lo que en realidad era indefendible, lo que de ninguna manera podía salvarse no era todo eso que vocean, sino lo que callan: el feudalismo terrateniente, la tiranía militar, los privilegios aristocráticos, la esclavitud del pueblo, la presión clerical sobre las conciencias, la corrupción y el envilecimiento de los políticos y, sobre todo, la soberbia y el resentimiento de un señoritismo estúpido al que subleva la idea de que las grandes masas trabajadoras puedan tener una influencia decisiva en la vida de España.

Este es el verdadero motor de la rebelión. Lo otro, lo que arteramente invocan y no sienten, ahí está Ossorio defendiéndolo a voz en grito. Y no hay en todo el pueblo español, ametrallado por curas trabucaires y reaccionarios asesinos, un solo hombre que se atreva a ponerle la mano en la boca para prohibirle que pregone su fe cristiana, católica, y su convicción conservadora.

huir el contacto del pueblo. Cuando alguien le recomendó unas elecciones brutalmente sinceras, a salga lo que saliere, el Gobierno lo escuchó como la mayor de las locuras.

Monárquico yo, no por servilismo, sino por convicción doctrinal, toda mi vida, diputado a Cortes veinte años consecutivos, gobernador, ministro, creí de mi deber intentar un esfuerzo para salvar la institución mudando el titular, y pedí la abdicación del rey. Sólo conseguí verme colmado de injurias.

Así llegó el 12 de abril de 1931. El pueblo realizó espontáneamente el plebiscito a que nadie había querido convocarle, y, con el pretexto de unas elecciones municipales, reveló su voluntad en tal forma que, cuarenta y ocho horas después, hubo que instaurar precipitadamente la República.

Algunos censuran que esto se hiciese en paz, sin efusión de sangre, y advierten que las revoluciones no pueden realizarse con tal candidez. No tienen razón los críticos. Puede haber una política violenta cuando el cambio de régimen es violento. Pero habiendo advenido la República por la virtud de las papeletas electorales y habiéndose apresurado el rey a huir, hubiera sido insensata empezar a destruir cosas y a matar personas implantando caprichosamente un régimen de terror. La mesura con que la República procedió en su primer bienio será siempre un honor para sus hombres.

Gobernaron durante ese primer bienio republicanos y socialistas reunidos. En su obra, como en todas las obras políticas, hubo aciertos y hubo errores. Pero es de justicia declarar que aquel bienio fué ejemplar por lo fecundo y ardiente de su labor, por el noble entusiasmo y la pasmosa laboriosidad de las Cortes, por la magnífica honradez de los gobernantes, por la disciplina y la paciencia del pueblo, que aplaudía cuanto se iba haciendo y no daba prisa por acelerar el ritmo de lo que ansiaba.

En todo hubo una extraordinaria consideración para el sistema vencido. Fueron separados del Ejército 7.000 jefes y oficiales que evidentemente sobraban; pero lo fueron conservando íntegro sus sueldos y todos sus emolumentos. Fué estatuída una reforma agraria, pero tan tímida, tan respetuosa para los intereses de los propietarios, que jamás hubiese llegado a dar satisfacción a las ansias populares. Se legisló el laicismo en el Estado. Al tratar de este punto quiero rectificar una leyenda totalmente engañosa. Por tener yo un concepto religioso de la vida y no ser partidario del Estado laico ni de la enseñanza laica me asiste autoridad moral suficiente para proclamar que la República española respetó la libertad de conciencia como el país que mejor lo haya hecho. Estableció la enseñanza laica en sus escuelas, pero consintió la enseñanza religiosa en las iglesias, en las escuelas privadas y en los domicilios particulares. nacionalizó sus bienes, pero no expulsó a sus miembros como se ha hecho en muchos otros casos y como en el nuestro hizo Carlos III. Prohibió a las comunidades religiosas la industria y la enseñanza, pero las respetó todas sus demás actividades, sus edificios, sus bienes y aún la enseñanza misma dada individualmente por los religiosos.

¿Cuál fué la respuesta dada a esta tolerante política por las llamadas clases conservadoras del país? Abochorna decirlo. El capitalismo, el militarismo, el buracratismo, el clericalismo y el señoritismo pusieron el cerco a la República. Las damas católicas hacían arma política de la misa, de la comunión y de la exhibición profanatoria de Cristo crucificado, al que llevaban a modo de pectoral entre los suyos naturales. Sin embargo, hacían compatible tanto catolicismo con los más devergonzados comentarios sobre las disposiciones sexuales de los gobernantes, escupiendo conceptos y frases que jamás se habían oído a una mujer española con noción del pudor.

Corroboración de esa tarea fué la sublevación en Sevilla del general Sanjurjo, quien ni siquiera tuvo la delicadeza de renunciar antes a la Inspección de Carabineros, uno de los cargos mejor remunerados del país. El Tribunal Supremo le condenó a muerte. El Gobierno le indultó, y él pagó esa generosidad sublevándose de nuevo contra la República hace un mes. Murió carbonizado en el avión que le traía a España.

El primer éxito de esa campaña difamatoria consistió en lograr la imprudente y prematura disolución de las Cortes Constituyentes. Surgieron entonces Gobiernos dedicados a falsear la República, y el escándalo llegó a su cumbre cuando fué llamado a gobernar el partido de Acción Popular, que ni había votado la Constitución ni era republicano. Eso determinó el movimiento de protesta revolucionario de octubre de 1934, en Asturias, en Cataluña y en otros puntos. Fué sofocado por el Gobierno, y a partir de entonces, éste se entregó a las mayores locuras. La represión en Asturias tuvo unos caracteres tales que yo no me atrevo ni siquiera a indicarlos, porque estoy hablando para fuera de mi país. Cada uno de mis oyentes puede imaginarse lo que quiera. El ex-presidente del Consejo de Ministros don Manuel Azaña fué vilipendiado, perseguido y encarcelado varios meses sin que a estas horas se sepa todavía quién le mandó encarcelar, ni por qué motivo, ya que no ha habido Tribunal alguno que llegase a dictar contra él auto de procesamiento.

Los mandos públicos civiles y militares fueron entregados a monárquicos conocidos, y con preferencia a los de tipo fascista y dictatorial.

El periódico de mayor difusión y autoridad en las clases conservadoras publicaba artículos recomentando el asesinato de 15.000 españoles para asegurar el honor y la prosperidad de España.

La incomprensión, la ceguedad, la barbarie fueron tales que determinaron un estallido de indignación en los verdaderos republicanos y en los partidos obreros. Verbo de todos ellos fué Azaña, ante el cual y para oírle se congregaron en campo abierto muchedumbres ingentes. Valencia, Bilbao y Madrid fueron testigos de las reuniones políticas más numerosas y enardecidas de nuestra historia. Sólo en Madrid acudieron al campo de Comillas 500.000 oyentes.

Ante tan enorme presión hubo necesidad de disolver las Cortes reaccionarias y convocar elecciones nuevas. Lo que las derechas hicieron entonces no es para descrito. Lo de menos fué el inmenso derroche de dinero. Fué peor que eso una actitud de provocación y jactancia contra todos los elementos liberales y obreros. Se trataba, en fin, de aplastar al marxismo y a sus hombres. El caudillo de las derechas fué elevado a la categoría de ídolo, sentándose la peregrina, aunque no original teoría de que "el jefe no se equivoca nunca". La vesania llegó hasta el punto de que un obispo hizo poner de manifiesto el Santísimo Sacramento para que perdieran las elecciones las izquierdas.

Por fortuna, el Santísimo Sacramento no hizo el menor caso de su desaforado ministro, y las izquierdas ganaron las elecciones. Adviértase que las presidía un Gobierno de marcadísimo tipo conservador.

Alcanzaron las izquierdas muy cerca de 300 diputados. Y la mejor prueba de que no fué atropellado nadie es que también consiguieron cerca de 200 actas los partidos de la derecha, un grupo que se tituló a sí mismo centrista y otros elementos sueltos. De modo que la Cámara no era una Convención ni una demagogia.

Comenzó la nueva etapa política. Separado de su cargo el presidente de la República (gravísimo tema que no se puede examinar todavía), y elevado a substituirle el señor Azaña, quedó en funciones un Gobierno burgués, típicamente burgués, más burgués que el del primer bienio ya que no formaban parte de él elementos socialistas, que en aquél estuvieron. Los ministros eran catedráticos, abogados, ingenieros, arquitectos, militares.



La obra legislativa marchaba con ritmo lento y aburguesado también. Si algún cargo cabe hacer a los gobernantes es el de no haber tenido valor para acometer las reformas sociales con la energía y la rapidez que demandaba la justicia. Hubo huelgas, muchas huelgas, demasiadas huelgas, esto es verdad. Pero todas ellas se mantuvieron en un tono de pacífica resistencia. Nada hubo de tipo comunista ni revolucionario de ninguna clase. Vivíamos como cualquier país, y mejor que muchos.

Pues contra ese Gobierno se ha levantado en armas el Ejército español, los señoritos, los plutócratas, los fascistas de toda especie y el clero empezando por los obispos. Esa es la verdad y no otra. Si os dice alguien que ha habido que defender a España de un Gobierno demagógico y perturbador, contestadle que miente. Si os dice que los españoles no teníamos seguridad para nuestras vidas, nuestros intereses o nuestra conciencia, contestadle que miente. Si os dice que era necesario defender el decoro o la dignidad de España contra cualquier peligro, asegurad que miente y añadidle que ni él ni los que piensan como él tienen derecho a ostentar el monopolio del patriotismo frente a esta inmensa mayoría del pueblo español que defiende con las armas y con la inteligencia los postulados de la justicia y de la libertad.

Todas las guarniciones se han sublevado. En cada pueblo ha surgido un núcleo fascista en armas. El Estado quedó en poquísimas horas postrado, prisionero e inerme. Mas en aquel momento, ¡oh maravilla!, resultó que se les había olvidado a los facciosos contar con un elemento: ¡el pueblo! Y el pueblo se dispuso a la pelea en términos incomprensibles. En Madrid hubo que buscar dos cañones (estropeado uno de ellos) y encontrar dos leales jefes de Artillería que supieran manejarlos. Surgió luego un avión que se puso al lado del Gobierno. Y en seguida unos grupos de guardias civiles y de seguridad, juntos con numerosos paisanos, tomaron el cuartel de la Montaña y el Campamento de Carabanchel. A continuación, todos los demás de Madrid y sus cantones. La capital y el Gobierno de la República estaban salvados. Simultáneamente, la guarnición de Barcelona se echó a la calle con la seguridad de que no habría de encontrar resistencia a sus designios. Pero se tropezó con el pueblo, que, a pecho descubierto, se apoderaba de ametralladoras y cañones. Cataluña quedó liberada en pocas horas. Las tres provincias valencianas así como Cuenca y Ciudad Real se libraron del contagio. Bilbao Santander y Jaén se mantuvieron asimismo fieles. Las improvisadas fuerzas leales fueron reconquistando Guadalajara, San Sebastián, Albacete, Toledo, Gijón, Monarca, Málaga. Lucha empeñadísima se mantiene en otros sitios. Consiguieron los rebeldes avances en Extremadura hace cuatro días, y ya están desplazados de allí. Se espera la rendición inmediata de Oviedo, Córdoba, Granada, mas no ha de entenderse que al nombrar estas ciudades se quiera aludir a las provincias respectivas, sino estrictamente a las capitales, ya que el resto de sus territorios está en manos del Gobierno.

Pero lo pasmoso es que toda esta labor se lleva a cabo creando sobre la marcha el Ejército que ha de realizarla. Muy pocos jefes y oficiales están a nuestro lado. Es lógico que el militarismo profesional propenda al fascio. Los soldados van con los sublevados... hasta que pueden escapar a correr y venir a nuestro lado, cosa que ocurre todos los días con compañías, con batallones, con columnas enteras. Junto al Gobierno, republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas, anarquistas, intelectuales y campesinos, hombres y mujeres, empuñan las armas, improvisan normas estratégicas. ¿Cuántos son? ¡Quién lo sabe! Por esta calle desemboca un batallón: por la de enfrente, dos: en esta plaza se reunen veinte camiones cargados de milicianos; por aquella avenida avanzan cuarenta. Los mandos quedan indistintamente en manos de oficiales y de civiles. He aquí unas cuantas baterías de fuerzas leales. Cruzan el aire aviones servidos por pilotos civiles y militares, en los que no se sabe que admirar más, si el valor o la resistencia. Y todavía sobran miles y miles de ciudadanos belicosos que van a los frentes con armas blancas, con palos, con piedras o absolutamente inermes. Es un estado de exaltación, de enfurecimiento. Madrid vibra y se enciende al grito de "no pasarán". Las más tremendas epopeyas que hayais leído podrán igualar, pero no aventajar a la que estamos viviendo. Y conste que menciono a Madrid porque es lo que veo. Pero toda España es Madrid. Si descontáis los fascistas civiles y militares, podéis asegurar que todos los españoles no amordazados gritan a estas horas ¡Viva la República!

No hay que hablar de los hechos de guerra. La guerra es siempre bárbara y odiosa. Odiosa y bárbara es ésta. ¿Para qué espantarnos con narraciones indiscretas? Mi calidad de español me recomienda no tratar ese punto. Una sola cosa os diré, que es bien sabida ya por el mundo entero: que el núcleo fundamental de los combatientes rebeldes está formado por moros. ¿Concebís, americanos y españoles, desvarío semejante? ¿De modo que nuestra raza se ha jactado de haber luchado siete siglos contra los moros hasta arrojarles de nuestro suelo, para volver a traerlos ahora conducidos por generales españoles? ¿De modo que Europa nos confirió un mandato en Africa con objeto de civilizar a los moros, y ahora son los generales españoles quienes traen a los moros para que nos descivilicen a nosotros? ¿De modo que pelean los rebeldes a título de patriotas y traen extranjeros para profanar nuestro suelo, asolar nuestra riqueza y atropellar a nuestras mujeres? ¿De modo que se invoca el nombre de Dios frente a un Estado laico, y se arrastran hasta aquí a los moros a título de fieles servidores del catolicismo? El espectáculo es tan odioso, subleva de tal manera, que debe despertar la indignación del mundo entero. No creo que jamás se haya dado caso semejante de ignominia. Seguro estoy de que los españoles de América se sentirán quizás más sonrojados al oírlo que nosotros mismos al presenciarlo. La necesidad de que en el Gobierno estén representados todos los núcleos que se baten en el frente, ha hecho que se constituya un nuevo Ministerio con republicanos, socialistas, comunistas, izquierdistas de Cataluña y quizás nacionalistas vascos de sentimiento católico. Presta su apoyo desde fuera de los puestos oficiales la Confederación Nacional del Trabajo.

Sin embargo, no ha de entenderse que éste sea un Gobierno socialista. Es un Gobierno de guerra, cuyo programa consiste en vencer al enemigo. De lo demás se hablará después.

Naturalmente, ese "después" consistirá un enorme empuje socializante. Ya el pueblo, al propio tiempo que se bate, coloca espontáneamente los cimientos del porvenir. Se incauta de palacios y conventos y los dedica a escuelas, hospitales, bibliotecas, sanatorios y cuarteles para Milicias. Se incauta de industrias y constituye cooperativas de producción. Se incauta de la tierra y ensaya sistemas de explotación colectivistas. Un mundo nuevo alborea. No tengo miedo de que en España comience una revolución como la rusa. Es mucho más verosímil esperar que España aproveche la lección aprendida por los Soviets en veinte años. Los señoritos incomprensivos y holgazanes, que nos llamaban bolcheviques a los demócratas cristianos, han quedado servidos. Ahora verán a que queda reducido el oficio de rentista. He hecho esta exposición demasiado larga para demostrar que cuanto en España sucede es consecuencia inexorable de la historia de medio siglo. La aristocracia, los adinerados, el clero y el Ejército, no quisieron asentar la monarquía sobre realidades, repudiaron la revolución desde arriba que preconizaba Maura, condenaron como seres malditos a los cristianos sociales, combatieron sin cuartel y sin decoro a una República conservadora, adoraron las dictaduras de chafarote y espuelas, sostuvieron una religión con imágenes cargadas de joyas y con prelados de insultante lujo, lo fiaron todo a la caridad, pero negaron la justicia; desencadenaron la más sangrienta guerra civil que conoce nuestra historia, y, en fin resolvieron defender a Cristo con tropas moras.

Sea como ellos lo han querido. Pero no se sorprenda nadie de las consecuencias. Las clases conservadoras de España no mueren a mano airada. Se han suicidado.

Ahora, hermanos de América, prestadnos el aliento de vuestra simpatía para continuar la lucha. Están en pugna dos civilizaciones. El Gobierno español y los partidos del Frente Popular no hacen la guerra por su iniciativa, por su gusto, ni para su provecho. El Destino, según los incrédulos, Dios, según yo, han dispuesto esta epopeya en que bregamos por defender valores espirituales, conceptos de libertad, empresas de justicia social que no son peculiarmente nuestros sino de la Humanidad. Con plenitud de orgullo más enorgullecido que nunca de ser español, os digo que tenemos derecho al concurso, al aplauso y a la gratitud del mundo.

¡Viva la República!

Referencias.

Una obra de índole médico-sociológica, semejante a *Las neurosis*, enriqueció la bibliografía de Ramos Mejía: *La locura en la Historia*—contribución al estudio psicopatológico del fanatismo religioso y sus persecuciones.—Me ha referido Ramos Mejía que tuvo la idea de escribir esta obra leyendo el admirable capítulo de Paul de Saint Víctor *La Cour d' Espagne sous Charles II*, en el leidísimo libro *Hombres y Dioses;* diré, de paso, que Saint Victor fué uno de los escritores literarios más admirados de mi maestro y es visible que en él aprendió el difícil arte de dar cierta suntuosidad al estilo sin caer en la grandilocuencia retórica.

(Las da José Ingenieros en el Prólogo de *Las neurosis de los hombres célebres* del Dr. José M. Ramos Mejía. «La Cultura Argentina». Buenos Aires. 1915).

Noticia del XIV Congreso Internacional de los...

(Viene de la pág. 216)

ella ha pedido imprudentemente. Y si vemos las cosas desde un poco más cercano, tampoco hay literatura contra la democracia y contra el pueblo."

"Quiero decir que en diferentes épocas y hasta ¡ay! en la nuestra, la literatura no haya estado en comunión sino con fracciones reducidas de la humanidad. Pero es porque entonces la masa no tenía ningún acceso a la verdadera civilización que lleva aparejada la cultura; y que únicamente un número reducido de hombres formaba en realidad el pueblo."

"La democracia consiste justamente en querer que no haya más humildes ni desheredados ni simples: en querer que todo hombre forme parte del pueblo; y dar del hombre una definición tan elevada y tan ambiciosa, que trabajar para él sea una tarea digna de los más grandes espíritus y que trabajar contra él se convierta en un contrasentido."

"Me asusta hasta una dictadura del saber y del pensamiento. A decir verdad, el espíritu rechaza toda dictadura, incluso la suya propia."

"Toda guerra entre los hombres deja en el suelo, no sólo las víctimas de carne, mas también un gran herido que es el espíritu." "He aquí el motivo por el cual nos hemos reunido. Y de ahí lo que complacía decirle a este hermoso país, que, ¡gracias a Dios! ha seguido siendo una tierra de hombres libres."

El lunes 7 del corriente, dió principio el Congreso con la discusión del tema: "Función Social del Escritor en la Sociedad". Tomaron parte doña Victoria Ocampo, habló después Georges Duhamel. Acallados los aplausos que premiaron las palabras del delegado francés, púsose de pie el delegado italiano, Sr. Marinetti, quien se mostró en desacuerdo con el punto de vista de la Sra. Ocampo, ya que, según él, el escritor debe dedicar su obra a las minorías superiores y no al "lector común", es decir, el público en general, como opinaba la señora Ocampo. Con tal motivo, promovióse un breve debate, para aclarar el concepto. Intervino en él brillantemente la delegada indú Sophia Wadia, quien recogió una verdadera ovación de la barra.

Finalmente habló don Eduardo Mallea, muy brillantemente, en calidad de expositor de tema fijado para la sesión y a la vez de delegado argentino.

El martes 9, de acuerdo con el programa establecido, se celebraron dos sesiones, como de costumbre. Un poco más que las precedentes, fueron éstas muy movidas, pues el aspecto político, ligeramente sugerido en las primeras, en éstas se puso en claro. Veamos cómo. "Tengo el honor —dijo Emil Ludwig, primer expositor de la mañana —de hablar en nombre de los escritores alemanes emigrados y exilados". Esta frase provocó, de inmediato, en la concurrencia un movimiento de expectativa, por aludir a la situación alemana. El fogoso Marinetti, en efecto, se puso de pie igual que el chico que antes de ser puesto en penitencia, manifiesta que él no se ha comido el dulce... Ludwig termina su brillante pieza con palabras de Goethe: "Sólo merece la libertad, como la vida, quien diariamente la tiene que reconquistar". Y como si eso fuera poco, cita en homenaje a la Argentina, palabras de Moreno, demostrando que ha entrado por el buen camino al compenetrarse de la historia argentina: "Amo más una libertad peligrosa que una servidumbre tranquila".

Pero, como ya dijimos, Marinetti, devoto representante de Mussolini, no se siente tranquilo en su asiento. El debate anterior se había armonizado después de la discrepancia entre la señora Ocampo y Marinetti, gracias a la intervención del delegado francés, Benjamín Cremieux. Pero ahora, nuevamente, con lanza en ristre, Marinetti vuelve sobre la carga y el público se pregunta que va a pasar... Dice Marinetti que no se debe confundir de ninguna manera la situación de los escritores alemanes con la de los italianos. Emil Ludwig parece que quiere refutarle, pero no consigue hacer uso de la palabra.

Si la sesión de la mañana mostró la existencia de dos tendencias políticas en el seno del Congreso, la de la tarde probó que sus mantenedores estaban dispuestos a mantenerlas. Una vez que Marinetti, como presidente, hubo declarado abierta la sesión, cedió la palabra a M. Jules Romains. Nadie imaginaba el revuelo casi dramático que después se produjo. Romains declara que "circula desde hace varios días un texto, por los pasillos del Congreso, de la más extrema gravedad". Que su autor es el mismo Marinetti y que allí se formula todo un programa de acción. Romains cita cuatro pasajes de ese texto, traduciéndolos del italiano: "Orgullo italiano plusvalorizador, excitador de toda belleza, pensamiento, sentimiento o productos italianos contra toda forma de amistad contra el extranjero. 2) Preparación científica y práctica para la guerra. 3) Educación guerrera de la infancia, de la adolescencia, de la juventud. 4) La guerra, sola higiene del mundo".

Esto, con la firma de Marinetti se publicó en la revista "Azione Imperiale". Grande fué el estupor primero y el consecuente escándalo que provocó la declaración de Romains. En la barra la enorme mayoría del público aplaudió. Los italianos Marinetti, Mario Puccini y Ungaretti, se indignaron e insultaron a Romains.

"Rehuso nuevamente —concretó Marinetti a ser sometido a una acusación y a que el P.E.N. Club se erija ante mí como tribunal. Mantengo para mi país todo lo que he escrito". Dijo después que Italia había sufrido, durante varios meses, el estrecho nudo de las sanciones económicas que le apretaron 52 naciones. A continuación interviene Cremieux y finalmente, el gran Duhamel, con la serenidad de un maestro, recordó a Marinetti que el P.E.N. recuerda en sus estatutos su hostilidad hacia la guerra y que si él, Marinetti, no aprueba eso, bien puede hacer como el que pertenece a cualquier club vulgar, que lo abandona desde el momento en que desaprueba su política. Todo se tranquilizó. Romains, quien sin duda resultó el héroe de la sesión, fué propuesto por el delegado Mallea para presidir la sesión siguiente. Las muchachas de la barra corrieron detrás de Romains pidiéndole autógrafos, por favor, autógrafos... Yo alcancé a ver uno en que Romains, con verdadera ironía francesa, escribió: "Jules Romains, vive L'Italia". Nos presentamos a la sesión del jueves por la mañana. Esperamos graves acontecimientos, pues no se nos escapa que ocupa la presidencia uno de los actores del debate anterior. Pero M. Romains declaró terminantemente "que no existe nada entre los delegados", y pidió a la barra que no tomase parte.

El Secretario general de la Asociación Internacional de los P.E.N. Club, señor Ould, que es, al mismo tiempo, secretario del P.E.N. Club de Inglaterra, dió lectura a una comunicación que firman los intelectuales representantes de 14 naciones. Luego M. Romains expresó que según la orden del día, hablarían, en la sesión matutina, la señora Sofía Wadia y los señores Leivick y Juan Pablo Echague.

La delegada de la India ocupó la tribuna. Iba vestida con un "sori" blanco. Era una mujer exótica con su indumentaria y contribuyó a crear un ambiente cosmopolita, extrañamente sugestivo.

"Amigos, dijo, vengo del otro extremo del mundo, vengo de la más antigua cuna de sabiduría del antiquísimo Oriente, a traernos muy especiales saludos de la India, famosa siempre por su idealismo y su profunda espiritualidad. En aquella tierra de la filosofía se nos enseña a saludarnos unos a otros, por las mañanas y por las tardes, como Almas, múltiples chispas del Unico y Univer-

JOHN M. KEITH & Co., S. A.

SAN JOSE, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras NATIONAL (The National Cash Regisrer Co.)
Máquinas de escribir ROYAL (Royal Tipewriter Co., Inc.)
Muebles de acero y equipo para oficinas (Globe Wernicke Co.)
Implementos de goma (United States Rubber Co.)
Máquinas de contabilidad MONROE
R efrigeradoras Eléctricas GRUNOW
Planta eléctricas portátiles ONAN
Frasquería en general (Owens Illinois Glass Company).
Conservas DEL MONTE (California Packing Corporation).
Equipos KARDEX (Remington Rand International).
Maquinaria en General (James M. Montley, New York)., Etc., Etc.

JOHN M. KEITH, SOCIO GERENTE.

RAMON RAMIREZ, A. SOCIO GERENTE.

sal Espíritu, idénticas todas en esencia y en substancia".

"Os traigo el mensaje cálido de los dos hindúes más grandes: Mahatma Ghandi, el Santo y Rabindranath Tagore, el Vidente." Después habló el delegado idisch, señor H. Leivick. Su tesis fué: "La situación de los escritores frente a los problemas actuales". Habló después el delegado belga M. Louis Piérard para rebatir algunos conceptos de la oradora indú. El señor Marinetti hizo lo mismo con Madame Wadia, que —según él— se había referido ella al nacionalismo en términos severos, invocando una patria y un nacionalismo cuando hablaba del prestigio de Mahatma Gandhi.

Juan Pablo Echague, en su carácter de delegado argentino, se ocupó de la actitud del P.E.N. Club Argentino, a raíz de la guerra boliviano-paraguaya. El delegado de Bolivia, señor Juan Francisco Pedregal, refirióse a continuación a la honda impresión que había causado en su patria el mensaje humanitario firmado por el señor Echague y manifestó que el Paraguay no estuviera representado en ese Congreso.

La hora de poner fin a la sesión había sonado. Se designó a Emil Ludwig presidente para la sesión de la tarde y M. Romains recordó que en esa ocasión se debatiría el tema: "La inteligencia y la vida".

Por la tarde, el señor Ludwig declaró abierto el debate y dijo que la preparación y dirección del tema: "La inteligencia y la vida", había sido confiada a la delegación francesa. M. Benjamín Cremieux, en representación de ésta, expresó que había puesto en sus manos la dirección del debate, y que para responder a solicitud tan honrosa, había preparado un cuestionario, que en su oportunidad —antes de la iniciación del Congreso— fué sometido a varios delegados. Cuatro de ellos, los señores Jacques Maritain, de Francia; Hans Ruin, de Finlandia; Eduardo Mallea, de la Argentina y Mohamed Abbad, de Egipto, contestaron prometiendo ocuparse de desarrollar el tema. Dicho cuestionario puede resumirse así: "Esperábamos antes que la inteligencia penetraría todos los problemas del universo, pero la guerra nos demostró, dolorosamente, que no es así. En consecuencia, cabe preguntarse si la inteligencia, como intérprete de la razón, es suprema y puede gobernar al mundo, o no, si es humana o divina; si debemos estar con las ideas puras o con la razón; si Spengler está en lo cierto y si la inteligencia podrá combatir los impulsos biológicos".

Respondió en primer lugar Hans Ruin, de Finlandia. Luego Maritain. Un diario dice al respecto: "Cuando Maritain subió a ocupar la tribuna, un aplauso en que la admiración se mezclaba al respeto, lo saludó. Largo rato duró el batir de palmas. Rendíase homenaje así al maestro del "tomismo", a uno de los más altos espíritus de Francia, cuya presencia en un Congreso de tanta gente prestigiosa presta realce al congreso mismo." Habló después el joven y ya brillante escritor argentino, D. Eduardo Mallea, y finalmente el delegado de Egipto.

El distinguido crítico, M. Cremieux, mantenedor del debate expresó que la discusión se volvía verdaderamente interesante, ya que los oradores habían sentado las premisas esenciales en torno de las cuales giraría. Dijo que los cuatro se habían mostrado reacios a la filosofía idealista del aislamiento preconizada por Benda; que todos se habían pronunciado por la función directiva de la razón; que Maritain y Mallea están de acuerdo en cuanto al sentido revolucionario de la razón y a la forma en que ella debe combatir contra sí misma; Ruin se opone a ambos y Abbad no se ha pronunciado. Y finalmente que con excepción del señor Mallea, todos habían hecho mención del capítulo religioso. Unicamente, desde su butaca, el delegado por el Uruguay, señor Emilio Oribe, alcanzó a desenvolver su opinión.

Iniciada la sesión que presidió Sanín Cano, hizo papel de mantenedor M. Cremieux, pero antes de entrar en el tema filosófico, el presidente anunció la lectura de una comunicación enviada al congreso por los escritores de España antes de que cambiara la situación política de aquel país. Se hacía allí un pedido firmado por el delegado Almagro de San Martín y Azorín en el sentido de que se concretara un pacto de no agresión entre los escritores. En medio de aplausos fué sancionada la propuesta.

Comenzó Cremieux volviendo sobre el tema del día anterior, al explicar que subsistía un punto de divergencia entre Maritain y Hans Ruin, sobre al servidumbre que este último atribuía a la inteligencia, y sobre esta base se reanudó el debate. Aclaró el filósofo francés que la razón da forma a la materia, porque ésta puede conocer el ser, pero la razón, afirmó, no es servidora de la materia. Ella domina y puede dominar en un terreno puramente humano; otra cosa sería invadir los dominios de la divinidad. Interrogado Ruin sobre al explicación que había dado Maritain a su concepto, se manifestó en un todo de acuerdo. Quedó de este modo establecido definitivamente que la razón tiene como razón de ser la revolución.

Al momento Maritain sugirió un parecer muy personal, según él dijo: "La crítica áspera, el pesimismo, el dinero, la miseria, el espíritu conservador, son el sentido negro de la inteligencia, sus fuerzas diabólicas o negativas. Destacó en oposición las fuerzas que denominó divinas, positivas, como el amor, la ternura, el optimismo tenaz, la voluntad de poder, el heroísmo, el maquinismo (no el que fabrica ametralladoras), la velocidad.

Sofía Wadia pidió luego la palabra en medio de aplausos frenéticos. "Es la triunfadora moral del Congreso". Dijo: "No es absolutamente buena o mala la inteligencia. Somos nosotros quienes somos buenos o malos". Prosiguió la delegada hindú hasta finalizar con la afirmación de principios morales y religiosos, que, según ella, debían marchar unidos.

La señora Victoria Ocampo hizo uso de la palabra para puntualizar lo que se debía entender por "common reader" y que en su anterior disertación se había interpretado como el lector vulgar, lo cual era una equivocación, pues quería decir "el público en general que lee".

Hizo uso luego de la palabra M. Piérard para observar que el Congreso corría el grave riesgo de volverse bizantino. Por su parte, el delegado de Islandia expresó que creía haber venido a un Congreso de escritores y no a uno de teólogos y no se explicaba, en consiguiente, la insistencia en obligarlos a oír a un "teólogo barato". Esto, como es natural, iba dirigido al gran Maritain. El presidente del P.E.N. Club argenino, doctor Carlos Ibarguren, interpretando el sentir de toda la asamblea, pidió un voto de aplauso para M. Maritain, que "honra —dijo— con su pensamiento esta asamblea".

La sesión subsiguiente fué para clausurar el XIV Congreso Internacional de los P.E.N. Clubs. Se designó a Jules Romains como presidente de la Federación Internacional de los P.E.N. Clubs. Una verdadera ovación saludó sus palabras. El novelista de "Los hombres de buena voluntad", se ha granjeado la admiración del público argentino. Después Stefan Zweig, hombre tímido que jamás habla, tributó un homenaje a H. G. Wells, presidente de la Federación Internacional de los P.E.N. Clubs, que cesa en su mandato. Acto seguido se acordó que Roma sea la sede del próximo Congreso. Se trató luego de la publicación de la revista del P.E.N. Club, así como la cuestión de las traducciones. Habló igualmente el delegado catalán señor Estelrich. Finalmente, el secretario del P.E.N. Club argentino disertó sobre "la Argentina y la propiedad intelectual".

Tributaron luego homenajes a la Argentina y al periodismo porteño. Y principió después el debate sobre la poesía, organizado por la delegación holandesa. Habló el gran poeta Supervielle, también habló Mrs. Harriete Monroe, de los Estados Unidos. Eran ya las 20:30. El doctor Ibarguren dió lectura a un mensaje de despedida en el cual hace un balance de todo lo acordado en el Congreso.

Hemos tenido el placer de ver allí a muchos escritores importantes de nuestra América como Luis Alberto Sánchez, Pedro Henríquez Ureña, Arturo Capdevila, Alcides Arguedas (en carácter de delegado de Bolivia) y observar la ausencia de algunos muy queridos como Juana de Ibarbourou, Ortega y Gasset y el mismo H. G. Wells, que al igual que otros europeos, como Gide, no pudieron asistir.

Ya está a la venta en la Librería de Trejos Hnos. el último libro de

R. BRENES-MESEN:

CRITICA AMERICANA

CONTENIDO DE LA OBRA:

El ejército de la Iliada. (Leopoldo Lugones).
José Martí, poeta.
Alsino. (Pedro Prado).
Gabriela Mistral.
A propósito del ensayo *Bolívar*, de Cornelio Hispano.
Vestíbulo. (Julio Herrera y Reissig).
Letras de América. (Jaime Torres Bodet).
El Pueblo del Sol. (Augusto Aguirre Morales).
Alberto Guillén.
Palabras socráticas. (Arturo Cancela).
El ánfora sedienta. (Rafael Heliodoro Valle).
Los dioses vuelven. (Juana de Ibarbourou).
Enrique Federico Amiel. (Roberto F. Giusti).
Fragmento de Roncesvalles.
Erudición y arte literario.

Solicítelo también al Administrador del *Repertorio Americano*.
Correos: Letra X. San José de C. R.

Precio del ejemplar:
En el exterior. $ 1.00 U. S. A.
En Costa Rica, ₡ 3.00.

La República de trapo

(La última maniobra yanqui en Puerto Rico)

Por JUAN ANTONIO CORRETJER,
Secretario general del Nacionalismo Puertorriqueño

= Envío del autor. Cárcel de la Princesa, San Juan de Puerto Rico, Setiembre de 1936 =

El expansionismo imperialista de Estados Unidos descorrió, bien temprano, su cortina de humo. Su nebulosa ha existido después solamente para los ingenuos o los maniáticos del demo-liberalismo a todo trance, o para los cómplices bien pagados del despojo. Jefferson mismo, cuyo celo a la interpretación literal de la Constitución se convirtió en lema eleccionario presidencial, hizo, —bueno es recordarlo con gratitud— este favor a la humanidad. Colocado entre la presión expansionista del sur y el sentimiento imperialista naciente de la capital, la Luisiana le tentó como una sirena, y el pliego constitucional que antes había adorado en público, se convirtió instantáneamente, **sub-silentio**, en "un mero pedazo de papel". La Luisiana fué adquirida, convirtiéndose la Unión yanqui, de la noche a la mañana, en un gran imperio, quedando planteado allí mismo el problema más serio del Nuevo Mundo.

Henry Adams observa, sin embargo, que el júbilo imperialista por la adquisición de la Luisiana no fué completo; los fronterizos de Georgia rabiaban por la Florida Occidental, y detrás de ellos estaba Washington. Livingston teorizó sin demora sobre tan importante asunto. Extendió los límites territoriales de la Luisiana de manera que resultase Francia adquiriendo la Florida Occidental de España sin saberlo, y sin saberlo vendiéndola a Estados Unidos, adquiriéndola éstos también sin saberlo y sin pagar por ella un solo centavo.

La tesis era falsa, por supuesto, pero encontró la aceptación plena de Madison, y el respaldo incondicional de Jefferson. El plan era de conquista y bayonetas, pero necesitaba de la diplomacia la literatura ampulosa—moda impuesta por Jefferson a la diplomacia yanqui, cada vez que se comete un despojo.

Pero la situación internacional, sin embargo, no propiciaba acción inmediata. Jefferson mismo había estatuído ya la doctrina de la "espera paciente del momento difícil", la conservación en manos más débiles de la "pieza codiciada".

El "momento difícil" llegó pronto. España, invertida su energía en el conflicto napoleónico, y con la América sublevada, poco nada podría atender a las Floridas. Inglaterra misma estaba impotente ante la lejanía de Waterloo. La "espera paciente" terminaría, y los colonos yanquis en la Florida darían el pretexto fácil para la acción. Formaron una "Junta", y habiendo roto con la autoridad española, atacaron a Baton Rouge, la capital de la provincia. Barcos y tropas yanquis aguardaban en la frontera. La escasa guarnición española fué pasada a cuchillo. La "Junta" se eligió a sí misma en representación legítima del pueblo de la Florida y declaró el territorio en estado libre y soberano. Inmediatamente después se dirigió al Secretario de Estado en Washington solicitando la anexión. Washington no pudo acceder a la petición, puesto que los sublevados habían declarado la independencia de un territorio que Estados Unidos reclamaba como suyo, pero ello no fué óbice para que ordenara la ocupación militar inmediata del territorio.

La táctica ridícula de Baton Rouge fué aplicada en Fernandina, capital de la Florida Oriental, con más grande aparato y más grande ridículo, y con igual propósito imperialista.

Con los cambios y modificaciones que el tiempo y la experiencia le han dado, el gobierno de Washington pretende hacer algo parecido en Puerto Rico. La retención de Puerto Rico, voluntaria y dócilmente en sus manos, es hoy un ensueño. El despotismo político y la ferocidad de su imperialismo económico durante los largos años de dominación sobre nuestra patria, han creado un estado de agitación, de desasosiego moral y de inquietud revolucionaria, — consciente, determinada — cuyas manifestaciones señalan el ocaso de su dominación. La voluntad nacional se incorpora, y el imperio se siente impotente para detenerla. La represión se ha convertido en una factoría de nacionalistas, y del macaneo o de la cárcel sale el puertorriqueño más despabilado y erguido que nunca.

Por otro lado, la llamada y falsa política del "buen vecino", instaurada por Roosevelt se viene catastróficamente abajo con la masacre de los nacionalistas borincanos en las calles mismas de la ciudad universitaria; con el asesinato frío en los cuarteles; y con la persecución y condena exorbitante a presidio y destierro ilegalmente impuesta a los hombres que representamos la voluntad indomable del pueblo puertorriqueño.

El estampido de las armas da en Washington, y en la llamada ala izquierda del Capitolio se habla formalmente de la independencia de Puerto Rico. El Congreso está en sesiones, y la fecha para reunirse en Buenos Aires la convención de las naciones americanas en una conferencia de paz propuesta por el propio mandatario norteamericano ha sido fijada. La táctica se dobla, y mientras el Puerto Rico domina el revólver y la ametralladora, ante América se habla generosamente de la independencia de Puerto Rico.

Simultáneamente, se presentan ante el Congreso de Estados Unidos dos proyectos de independencia: el Proyecto de Ley del Senador Tydings, y el proyecto de ley del representante Marcantonio. Fija el primero el criterio de la hipocresía y la perfidia imperialistas; mantiene el segundo el ancho y noble pensamiento de un amante de la libertad y el decoro de su propio pueblo; y entre ambos la administración de Roosevelt da su respaldo al primero. A través de este proyecto de ley de Tydings, se convertirá a Puerto Rico en una república nominal, de hecho una colonia desamparada a la voracidad económica de las corporaciones azucareras apoyadas por el poder militar de Estados Unidos. La perfidia no pierde detalle, y hasta especifica el proyecto que los presos condenados por los tribunales yanquis en Puerto Rico continuarán extinguiendo condena hasta cumplirla después de constituida la república; claro, los hombres defensores de la verdadera independencia de Puerto Rico debemos morir en la cárcel para no estorbar sus planes. La república vendrá después de unas arbitraria e inmorales elecciones constitucionales, y la Asamblea Constituyente aprobará las resoluciones que les sean cablegrafiadas desde Washington. ¿El mando militar de las fuerzas mercenarias será mantenido por los yanquis, o se abolirá el Ejército, dejando la Boca del Morro abierta a la intervención de las tropas yanquis de guarnición en las estaciones navales del Caribe? La economía continuará plenamente en sus manos, desde el control comercial hasta la agricultura. Pero sobre el viejo palacio de los gobernadores flotará —para alegría de los traidores y cebo de incautos hispanoamericanos— la bandera santa por la cual nos hemos batido a sangre y fuego. Tendremos una República de trapo.

Pero como siempre en sus cálculos pedantescos, la cancillería norteamericana falla. Hemos tardado en ser libres, mas no ha sido en vano. Si ellos tienen su experiencia, nosotros tenemos la nuestra, abonada por la de muchas naciones que son nuestras hermanas, y saben también lo que



"Maestro de todo y oficial de nada"
(Dicho popular)

Madera de Laporte

es dolor, y lo que es lucha, y saben también de su impiadoso despotismo y de su insaciable sed de oro. Nosotros, nacionalistas puertorriqueños, queremos la República de Puerto Rico, y a ella le hemos dado lo mejor de nuestra vida y de nuestra historia, sin pensarlo jamás un sacrificio. Estas líneas mismas son escritas en la cárcel, y cuando está en la cárcel lo más noble y puro, en cerebro y en corazón, de nuestra patria. Pero nuestro nacionalismo no es un romántico nacionalismo; ni en pretensión superiorista, ni en chauvinismo ridículo, ni en infantil revolucionarismo. Nosotros queremos y luchamos por una República, no sólo de nombre sino de hecho; un estado lipre para los puertorriqueños felices; una política estable con miras al bienestar del más desamparado de nuestros compatriotas.

El proyecto de ley Tydings, sin embargo, es la ratificación parlamentaria norteamericana, al reconocimiento de derecho de nuestra soberanía, de nuestro derecho de propia determinación, clara y específicamente formulado por el propio Ejecutivo norteamericano. Un proyecto de resolución del propio senador Tydings, posterior a su original proyecto de independencia, requiere la formación de una comisión para estudiar la transición de regímenes, y en ella reconoce el derecho del Partido Nacionalista a tener en esa Comisión un representante.

A esa formulación de reconocimiento respondieron inmediatamente, doctas y nobles instituciones de la América nuestra, recabando la inmediata independencia de Puerto Rico, fuera de toda táctica dilatoria. A ese respecto se expresaron las cinco universidades Argentinas; la Federación Nacional de Estudiantes de la misma república; connotados intelectuales y políticos argentinos; la intelectualidad cubana y la española; la insigne Gabriela Mistral y el alto Manuel Ugarte; el Capitán Camblor; la intelectualidad costarricense; el pueblo dominicano en masa, y su gobierno; los intelectuales haitianos y la juventud del Ecuador. En fin, lo más despierto y valioso del continente. No obstante, después de ese reconocimiento del Ejecutivo norteamericano, ¿qué hacen los ejecutivos de nuestras naciones hermanas de América? ¿Qué hacen sus parlamentarios? El paso dado por el Presidente de Estados Unidos los releva de toda duda protocolaria, ¿qué hacen? Puerto Rico—que es el nervio de la libertad de América, necesita y reclama su ayuda, y al dársela, se la darán a sí mismos. Estados Unidos experimenta en Puerto Rico su imperialismo sobre una nación organizada, y si no se le detiene en Puerto Rico, el destino colonial de Puerto Rico, será el destino de sus propios pueblos. Con Puerto Rico libre, será libre verdaderamente la América; esclavo Puerto Rico, la libertad será una ficción en América.

Estas líneas, dirigidas a las consciencias libres del mundo, quieren ser un llamamiento a la colaboración efectiva, más noblemente justipreciada, para la evitación de que, en nombre de la libertad, se cometa otro crimen en América.

Sanín Cano en Buenos Aires...

(Viene de la pág. 216)

esa estirpe. Es claro que se trata de una flor de selección. Pero la flor también indica las cualidades del humus.

Ha sido muy citado nuestro ensayista y ha merecido estudios sustanciosos de plumas consagradas. Pero no ha aparecido todavía el volumen que lo defina por todos sus aspectos, ni se ha detenido el admirador a resolver si ciertos conceptos que priman acerca de él pueden ser definitivos. Es admirable, por ejemplo, la manera como supo darles amenidad a áridas cuestiones filológicas. El humor inglés va, en esas páginas, de la mano con la erudición. Ese su volumen de "Divagaciones" es uno de los más lindos libros que se hayan escrito en Colombia. Y nadie entre nosotros lo ha superado, ni siquiera igualado, en sus estudios sobre Ibsen, sobre Nietzsche, sobre Brandes, sobre Cunninghame Graham, sobre Huxley, sobre tantos.

La frialdad de Sanín Cano es algo que parece aceptado, que no exige revisión de juicio. Nosotros creemos que es pudor y que la frialdad no existe. A propósito del magnífico estudio que le consagró Max Grillo, quisimos detenernos alguna vez en ese concepto, si no para impugnarlo, sí para hacer reservas. Recordábamos sus estudios sobre José Asunción Silva, sobre Guillermo Valencia, algunos otros, y pensábamos: aquí hay una profunda emoción; no puede tener la frialdad de los carámbanos quien ha escrito tan efusivamente, con tanta hondura, acerca de los dos compatriotas magistrales. Un día, no hace mucho tiempo,—era el día en que cumplía 75 años, que, si el recuerdo no nos traiciona, era el 27 de junio—le dijimos en casa de Cornelio Hispano:

—No sé, maestro, si estoy equivocado, pero en usted hay un hombre que se contiene sentimentalmente. La emoción, sin embargo, ha logrado traicionarlo. Podría citar páginas suyas en donde flota un gran dolor o un gran afecto. No creo que usted sea el hombre frío que dicen.

Sonrió, aparentemente halagado con el concepto, y replicó:

—Soy de grandes afectos y a veces no puedo dominar las emociones. Yo mismo me sorprendí bañado en lágrimas, ante el cadáver de una niña, en días recientes. Era Carolina Cárdenas.

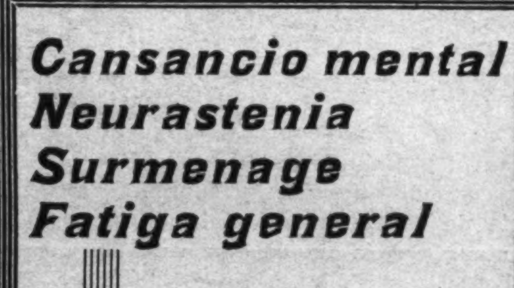
Y siguió refiriéndonos episodios y circunstancias de su vida, tan semejantes en la emoción, que nos llevaron a decirle:

—Entonces usted, como de él mismo decía Pérez Triana, tiene la lágrima fácil...

Es ese aspecto íntimo, pero que necesariamente influye en toda obra, y que en la de Sanín Cano puede rastrearse, el que en los análisis de su espíritu no ha sido contemplado. Los extranjeros han de estar celebrando especialmente las revelaciones filosóficas de su temperamento, su dón de asimilación, su pasmosa capacidad receptora. Se han encontrado frente a **scholar** y han debido sentirse atraídos por la hospitalidad de su mente y por la abundancia de sus recursos. Y por la frescura de su ancianidad, que acaso haya hecho nacer ideas equivocadas acerca de las bondades del trópico.

Nos regocijamos por el homenaje que se le ha tributado en la gran metrópoli del sur al amigo, al maestro, y en especial al compatriota. De ese fulgor aprovechamos algo para Colombia. Y en ese algo, que se difunde necesariamente, como todo lo que es luz, podemos bañarnos todos. Hurra Colombia! Y que sigan sus hijos ganándole prestigio en todas las naciones extranjeras!

Cansancio mental
Neurastenia
Surmenage
Fatiga general



el medicamento del cual dice el distinguido Doctor Peña Murrieta, que

"presta grandes servicios a tratamientos dirigidos severa y científicamente"

INDICE



Libros que tal vez le interesen:

L. López de Mesa: *El libro de los Apólogos* .... ₡ 4.00
C. Wagner: *Sonriendo* 2.50
C. Wagner: *A lo largo del camino* 3.50
F. Juan de los Angeles: *Lucha espiritual entre Dios y el Alma* 2.00
Lucien Laurat: *La acumulación del capital según Rosa Luxemburgo* 3.50
Jorge Mehlis: *Plotino* 3.50
José Carlos Mariátegui: *Defensa del marxismo* 2.00
Ernest Henrig: *El plan de Hitler* 3.50
R. W. Trine: *Vida nueva* 2.00
Anna Louise Strong: *La conquista del trigo por los Soviets* 2.50
E. W. Emerson: *Vida y discursos* 2 Vols. 8.00

Diríjase al Adr. del *Rep. Am.*
Correos: Letra X. San José de C. R.
Calcule el dólar a ₡ 6.00.

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
En Costa Rica:
SUSCRICIÓN MENSUAL: ¢ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.-JOSE MARTI.

Exterior:
El semestre, $ 3.50
El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

Los maestros españoles a los maestros de todo el mundo

La *Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza*, la *Asociación Nacional del Magisterio* y la *Confederación Nacional del Magisterio*, han dirigido a las principales asociaciones del cuerpo docente mundial, el siguiente manifiesto:

Un grupo de ex-generales se ha levantado en armas contra nuestro pueblo y nuestro gobierno. En un principio no nos fué posible hacer llegar fuera de España el concepto que ese acto merece a nuestras asociaciones que agrupan casi la totalidad del magisterio de España. Estábamos entregados a la lucha cruenta que se desarrollaba. Hoy, aunque la lucha no ha terminado, quedan ya un poco lejos las situaciones difíciles de los primeros días. La vida ha recobrado su aspecto normal en todas las ciudades controladas por el gobierno legítimo de la república que son las más y las más importantes de España. Esto nos permite reunirnos y dirigirnos, en unánime expresión, a la opinión pública extranjera y especialmente al cuerpo docente del mundo. Con ello esperamos desvanecer toda posible duda acerca de lo que significa la lucha que sostenemos y confiamos obtener de maestros y profesores el apoyo moral que representa hacer llegar hasta la más lejana e insignificante de las aldeas, la verdad de lo ocurrido.

El 16 de febrero del año en curso el pueblo español, por libre ejercicio del Sufragio Universal, se dió un gobierno democrático y liberal, expresión máxima del espíritu republicano que, en el año 1931, había producido nada menos que un cambio de régimen sin verter una gota de sangre. La iglesia, los grandes terratenientes, los militares, en suma: las fuerzas reaccionarias, quedaron derrotadas. Pero en vez de respetar la voluntad del pueblo se coaligaron para perpetrar contra él el más espantoso de los crímenes.

Quisieron imperar su voluntad — defender sus privilegios que condenaban a los obreros del campo andaluz, por ejemplo, a cobrar salarios de 1.50 ptas. diarias—por la fuerza de las armas. Buscaron para ello la alianza de otras naciones, prepararon el envío a España de las tropas de la legión extranjera y de rifeños, y alardeando de patriotas—ellos, los que lanzan a los moros, a los legionarios contra los obreros y campesinos españoles, contra socialistas, comunistas y republicanos españoles — acusaron al gobierno republicano de España, elegido democráticamente, de "marxista" y antipatriótico.

A su traición—no hay palabras para calificarla debidamente—ha respondido el pueblo con unánime indignación. Los hombres de las ciudades, los hombres de la meseta y del litoral, los intelectuales como R. Menéndez Pidal, Ortega y Gasset y Marañón, los católicos sinceros como Ossorio y Gallardo—figura preclara del foro español—, los pequeños industriales y comerciantes, todos se han levantado contra los generales que hicieron traición a su patria y a su juramento de lealtad republicana.

Esos hombres, esos traidores, son fascistas. Pero el pueblo español, para **todo** el pueblo español, ser fascista significa ser un traidor a la patria, un hombre sin honor, un enemigo de la cultura, del progreso y de la paz.

Nosotros hemos empuñado las armas al lado de nuestro pueblo. Lo hemos hecho para defender una causa justa, la causa de la libertad. Esto nos ha conquistado un odio feroz por parte de los rebeldes. Crueles con todos los vencidos se ensañan especialmente con los maestros de escuela, con los profesores. Cuando los mercenarios de Franco y Mola entran en un pueblo, preguntan ante todo por el maestro. La simple condición de republicano liberal, el mero hecho de no haber asistido regularmente a las ceremonias religiosas es suficiente para que nuestros compañeros sean fusilados. Pero proseguimos la lucha. Queremos que se respete la voluntad popular. Queremos el triunfo de la ley y de la democracia. Queremos una España libre y culta. Queremos que la paz reine entre todos los pueblos.

Por esto nos es difícil creer que los hombres sensibles a los grandes principios éticos de la humanidad vacilen al condenar a los criminales rebeldes. Por esto nos es difícil comprender que ciertos pueblos democráticos coloquen en un mismo plano a rebeldes y al gobierno legítimo de la república, a traidores y a hombres que luchan por la libertad de su país y, en definitiva, por la libertad de Europa. La única razón de este fenómeno nos parece encontrarla en la ingente propaganda que los fascistas han sabido organizar en todo el mundo desnaturalizando por completo la realidad de los hechos. Y para que nadie pueda llamarse a engaño, nosotros, representantes del Magisterio de España, enviamos el presente manifiesto a maestros y profesores de todo el mundo en la seguridad de que nuestras palabras no caerán en el vacío y en la esperanza de que las grandes asociaciones del cuerpo docente extranjero requerirán de sus respectivos pueblos y gobiernos el apoyo decidido, incondicional, material y moral, en dinero y en armas, en favor del gobierno legítimo de la República Española.

[Envío de la Alianza de Intelectuales antifascistas para la Defensa de la Cultura. Madrid. Octubre de 1936].



Los angelitos de Dios protegen a España
Por *Sigfredo*
(De *Claridad*. Buenos Aires)

Juan Ramón Jiménez, con el pueblo español

= De *El Mono Azul*. Madrid, 27-8-36 =

Creo que en la historia del mundo no ha existido ejemplo de valor material y moral semejante al que en este 1936 está dando el gran pueblo español.

En solo un día de decisión maravillosa, de recobro inconcebible, de extraordinaria incorporación tomó su lugar exacto contra el extenso frente militar organizado año tras año, y en medio de su confianza, contra él. Lo sigue y estoy seguro de que lo seguirá sosteniendo. ¡Y con qué extraña alegría! Alegría, esta es la emoción que da el pueblo de Madrid y sin duda el de toda España; en estos días terribles y supremos, alegría de convencimiento, alegría de voluntad, alegría de destino favorable o adverso.

Yo deseo de todo corazón, no creo necesario expresar este anhelo de toda mi vida, que tantas veces he manifestado en mis palabras y en mis escritos, el triunfo sin mengua del pueblo español, su triunfo material y su triunfo moral. Le deseo y nos deseo la alegría inmensa de su triunfo completo. Que el hermoso pueblo español salga entero del cuerpo que le quede y de toda su alma, lleno de alegre conciencia, de esta empresa decisiva, a que ha sido cruentamente citado. Entonces España, eterna y grande, alzará bandera de valor y de conducta ante todos los pueblos del mundo.

Sucesos de inevitable horror ocurren en todas las conmociones materiales y espirituales: terremotos, tempestades, luchas de destino, de elemento y de vida. Bien sé que es imposible alumbrar del todo la sombra, que nada enorme es perfecto; pero que la destrucción y la muerte no pasen más de lo inevitable y merecido. ¡No matar nunca, no destruir nunca a ciegas! No debe ser ciega la fe del noble pueblo español.

Ayudemos todos para que nuestra España vea del todo en medio de su tormenta, para conseguir de nuestra España esta doble gloria, este doble ejemplo que le traerá para siempre el respeto universal.

Imp La Tribuna